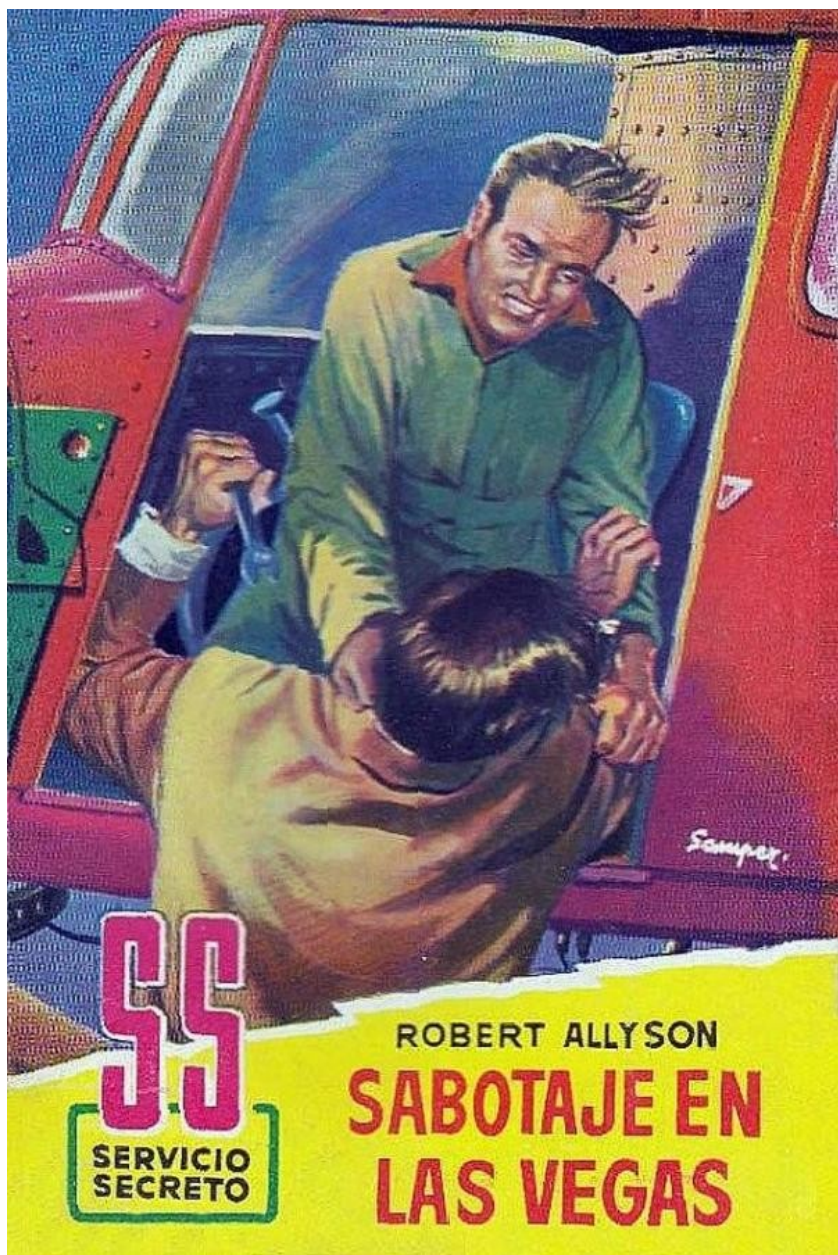




SS

**SERVICIO
SECRETO**

ROBERT ALLYSON
**SABOTAJE EN
LAS VEGAS**

ROBERT M. ALLYSON

SABOTAJE EN LAS VEGAS

1.^a EDICIÓN

FEBRERO-1957



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

PRINTED IN SPAIN

© **FRANCISCO BRUGUERA** - 1957

Reservados todos los derechos
Editorial Bruguera, S. A. - Proyección, 3. - Barcelona

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

SABOTAJE EN LAS VEGAS

por

ROBERT ALLYSON



—Volamos sobre el punto de referencia, señor.

El piloto asintió con la cabeza y conectó el teléfono interior.

—¡Atención! Piloto a bombardero. ¿Todo listo?

A través de los auriculares escuchó la respuesta de su invisible interlocutor. Dió una palmada en el hombro del copiloto, que éste interpretó haciéndose cargo de los mandos gemelos del poderoso «DC-4», e inclinándose, adelantó una palanca situada bajo el tablero de instrumentos. Un sordo rumor siguió a su acción y una luz verde brilló instantes después, junto al indicador de la velocidad del aire.

De nuevo conectó el teléfono interior.

—Piloto a bombardero. Abierta la compuerta.

En la cámara destinada al transporte de bombas, dos hombres dieron los últimos toques a la espoleta de un extraño artefacto cuya forma fusiforme atestiguaba su naturaleza. El aire frío del amanecer que penetraba por la abierta compuerta situada a sus pies, hacía flamear sus ropas, aunque ellos no parecían darse cuenta de nada, absortos por completo en su labor.

—Bueno, Jim —murmuró el más viejo—, creo que esta vez no fallará.

—Esperemos que así sea —pareció rogar el otro.

Ambos se retiraron al otro extremo de la amplia cámara, junio a la puerta de comunicación con las restantes dependencias del

aparato y uno de ellos oprimió por tres veces consecutivas un timbre colocado junto al marco de la puerta.

Una luz roja se encendió como por ensalmo, al tiempo que el armazón que sostenía la bomba, descendía lentamente hacia el vacío exterior. Unos instantes quedó detenido el artefacto en la posición más baja, recibiendo directamente las rachas de aire procedentes de las hélices, luego las abrazaderas que lo sostenían se abrieron simultáneamente y la bomba se precipitó hacia tierra, siendo detenida su libre caída, casi al instante, por el paracaídas adicionado a su parte posterior que frenó el brusco descenso.

La luz roja se apagó y la compuerta empezó a cerrarse al tiempo que el aparato viraba aumentando su velocidad.

* * *

El grupo que en tierra, protegido por unas fortificaciones, seguía con prismáticos la marcha del aparato, sufrió una sacudida nerviosa al distinguir cómo se desplegaba el paracaídas. Un silencio opresivo se extendió entre los que, convenientemente resguardados de las radiaciones que la cercana explosión iba a producir, aguardaban impacientes el momento crucial en que el suave descenso de la blanca tela de seda iba a verse detenido.

Algo más alejados se distinguían varios vehículos en los que habían sido transportados hasta aquel lejano solitario rincón del desierto de Las Vegas cuantos precisaban conocer el resultado de la prueba. Un camión del ejército de transmisiones, mostraba en su parte superior la antena de radar girando insensible al nerviosismo reinante.

Un resplandor, más cegador que el mismo sol, iluminó de pronto el desierto en un trecho de varias millas y una fracción de segundo después se escuchó una horrisona explosión, mientras que del lugar que ocupaba la bomba en el espacio, brotaba una columna de llamas y humo espeso que pronto ascendió verticalmente en gruesos anillos hasta alcanzar enorme altura. Allí pareció detenerse la densa humareda, expandiéndose hacia los lados y adquiriendo el característico aspecto del «hongo atómico».

Pese a hallarse situados en un lugar bastante alejado del epicentro de la explosión, una nube de piedras y polvo golpeó

furiosamente las fortificaciones tras las que se hallaba resguardado el grupo de observadores.

Do pronto el formidable espectáculo pareció perder interés para los que hasta entonces escrutaban ansiosamente a través de los prismáticos. Uno a uno se retiraron de su lugar de observación, mientras con gestos indolentes se despojaban del casco protector y de las gafas verdes con las que preservaban la vista de las radiaciones lumínicas. El que parecía jefe del grupo dejó caer sus hombros en gesto de franco desaliento, murmurando:

—Es incomprensible...

—Sí, mi general, incomprensible —repitió otro de los presentes, pero lo cierto es que ha vuelto a fallar.

—Señores —indicó el general—, les suplico reserven sus comentarios hasta que se encuentren en la base. Es preferible que regresen cuanto antes.

—¿No viene usted con nosotros, general? —inquirió una mujer de mediana edad.

—No, profesora Adams. Debo dar cuanto antes parte de lo ocurrido. Me dirigiré directamente al aeropuerto de Las Vegas para trasladarme a Washington. Les suplico que no inicien nuevas investigaciones hasta mi regreso.

El grupo asintió a estas palabras y en silencio se dirigieron hacia los vehículos, mientras el general daba instrucciones a los soldados que se habían ocupado del radar.

CAPÍTULO PRIMERO

Dave Marsh sé agitó inquieto en el sillón que le había ofrecido ceremoniosamente su jefe y dio una chupada al cigarrillo que había encendido momentos antes. No le gustaba tanta amabilidad; una de las características del inspector jefe Bruce era su animosidad, su genio siempre irritado. Aquella tranquilidad, la mirada bondadosa que notaba fija en su persona desde que cruzó el umbral de la puerta del despacho y sobre todo aquel prolongado silencio, no le hacían presagiar nada bueno. Entre las volutas de humo, tratando de ocultar en ellas su extrañeza, dirigió una mirada de soslayo a su superior. Este pareció comprender su estado de ánimo, porque sonrió afectuoso y murmuró:

—Bien, bien... siempre me pareciste un hombre, afortunado, Dave...

—Oiga, jefe —cortó impaciente—, dejémonos de circunloquios. ¿Tiene que darme alguna repulsa? Si es así estoy dispuesto a escucharle, pero, ¡vaya al grano de una vez!

El inspector sonrió divertido por la intemperancia, del joven.

—Supongo —prosiguió sin inmutarse— que tu habitual ímpetu habrá influido lo suyo para que te... —Su tono varió repentinamente—. He leído en tu ficha que antes de ingresar en Quántico, te dedicabas a la Química.

—Es cierto, trabajaba para la Chemical Corporation...

—Creo que volverás a dedicarte a esa rama de la ciencia durante una temporada.

Abrió un cajón de su mesa y extrajo un legajo de papeles, que ofreció al agente, perdido ya su aire ficticio de burlona bondad.

—Tienes cuatro horas para enterarte del contenido de esos papeles. Son los planos y bocetos de un nuevo tipo de espoleta

aplicable a artefactos que precisen estallar a una determinada altura. Hasta ahora un grupo de científicos ingleses y norteamericanos están trabajando en el asunto, sin resultados positivos, a pesar de que los cálculos indican que todas las operaciones se han llevado a cabo satisfactoriamente. Por otra parte, las pruebas realizadas hasta la fecha en el laboratorio, demuestran que la espoleta es perfecta en todos los aspectos. De la misma forma que funciona adecuadamente en el túnel de experimentación, debiera responder al aplicarla a un proyectil de tamaño normal lanzado desde un avión.

—De ahí deduzco —interrumpió Dave— que al hacer las pruebas a gran escala, le espoleta ha fracasado.

—Exactamente. Dadas las circunstancias y los resultados experimentales obtenidos, se ha decidido abrir una concienzuda averiguación sin producir alarma de ninguna clase entre los investigadores para evitarnos ridículos y complicaciones. ¿Has comprendido?

—Hasta ahora, sí. Sospecho que debo encargarme de esa misión, pero ¿no cree muy expuesto para nuestros fines presentarme como un químico más designado por el Gobierno para ayudar a la construcción de esa espoleta?

Los ojos del inspector relucieron irónicamente al contestar:

—No te sabía tan presuntuoso; ¿te crees tan importante como para ir a trabajar codo a codo con los más eminentes investigadores atómicos? Tu cargo es el de ayudante del general Bradley. Esta ocupación te permitirá tratar a todos los que componen la misión científica y estudiar sus reacciones, sin que ninguno de ellos sospeche de ti, a menos, claro está, que vayas pregonando tus verdaderas intenciones.

Bruce se levantó de su asiento tras la mesa y golpeó amistosamente el hombro de su subordinado.

—En cuanto te hayas familiarizado con las fórmulas y dibujos que te he entregado, te haré conocer el rostro e historial de las seis personas que desde hace algún tiempo ocupan las dependencias habitables del laboratorio secreto a dónde vas destinado.

Marsh se puso en pie agitando pensativamente el legajo de papeles.

—No me vendrá mal esta temporadita de descanso —murmuró,

añadiendo rápidamente al observar la expresión de su superior—. ¿Cuándo debo partir?

—Mañana por la mañana en un avión de las fuerzas aéreas, acompañando al general Bradley.

* * *

El oficial que mandaba el cuerpo de guardia situado frente a la entrada principal de las instalaciones del camuflado laboratorio, saludó militarmente a los ocupantes del automóvil, mientras rogaba:

—Sus pases, por favor.

El general y Dave se apresuraron a exhibir las tarjetas de identidad que les acreditaban como personal autorizado y poco después les era franqueada la entrada.

—Está bien guardado todo esto —comentó Marsh.

—Toda precaución es poca. El oficial que nos ha detenido está bajo mis órdenes directas desde hace mucho tiempo y a pesar de conocerme muy bien, ni una sola vez deja de pedirme el salvoconducto preciso para entrar o salir del recinto.

El automóvil enfiló una amplia avenida cubierta de grava. A un lado distinguíanse varias construcciones gigantescas semejantes a un hangar de colosales proporciones.

—Son los túneles de experimentación —aclaró el general—. Ya tendrá tiempo de verlo más tarde con calma, ahora debemos saludar a nuestros compañeros y hacerles conocer la decisión de Washington.

Dave asintió a sus palabras, al tiempo que el coche se detenía frente a un edificio de una sola planta, ante cuya, puerta se paseaban dos uniformados miembros de la policía militar. Ambos saludaron militarmente a los dos ocupantes del coche, franqueándoles la entrada tan pronto exhibieron sus correspondientes salvoconductos. Tras cruzar las batientes alambradas para preservar el interior de la acometida de los muchos insectos que pululan por el desierto, se hallaron en una especie de bar, donde Dave distinguió los rostros ya familiares de los seis científicos que componían la misión secreta.

Todos acogieron con alivio la presencia del general Bradley,

pero ninguno de ellos hizo preguntas, ni comentarios, limitándose a saludar con una inclinación de cabeza al que Bradley presentó como su ayudante.

—Señores —indicó por fin el general—. Washington considera prematuro el declararnos derrotados y nos anima para que sigamos adelante en nuestra empresa.

—Sin embargo —objetó el profesor Sandguist de la Universidad de Ohio—, nuestro fracaso es evidente. Todos estábamos convencidos de que en esta ocasión la espoleta no podía fallar.

—Es cierto —apoyó la doctora Adams—. ¿Sabe Washington que las pruebas realizadas con anterioridad en el laboratorio dieron resultados plenamente satisfactorios?

—Todo lo he explicado y no deben preocuparse por nada. Están justificados sus temores y deben desecharlos. Si la espoleta dio buenos resultados en el túnel experimental, los dará también en las pruebas definitivas.

Un murmullo de escepticismo acogió las últimas palabras del general. Dave se desentendió del grupo principal que rodeaba a Bradley y dirigió sus pasos a la barra del bar, indicando brevemente al camarero que la atendía:

—Un *whisky*, por favor.

Encendió un cigarrillo mientras aguardaba a que le sirvieran la bebida solicitada y dedicó una detenida mirada a cada uno de los rostros que la tarde anterior contemplara en los archivos del Departamento de Estado.

Sandguist, Brewster y la profesora Adams parecían muy enfrascados en la discusión suscitada por el general. Algo apartados del grupo, Finley y Stewart, de la Universidad de Oxford, asentían con violentas cabezadas a cuanto aducían sus compañeros como si sus gesticulaciones sirvieran para enardecer el ímpetu combativo de que hacían gala los restantes científicos.

Marsh paladeó lentamente el helado contenido de su vaso, mientras buscaba distraídamente a la persona que faltaba: Brenda Joyce, la muchacha que había llamado su atención al examinar los rostros de las personas de quienes debía vigilar. Debía ser muy joven, Dave había calculado por la fotografía unos veinticinco años pero la realidad anulaba cualquier suposición. Brenda era encantadoramente atractiva, de una juventud radiante y exquisita,

la antítesis de lo que la mente humana imagina como mujer dedicada, a la investigación científica. ¿Dónde podía estar? Recordaba perfectamente haberla saludado al igual que a todos, cuando el general hizo las presentaciones; luego, con la atención puesta en los demás, no había advertido su ausencia. Probablemente no debía hacer mucho rato que abandonó el bar.

Dejando el alto vaso sobre la barra, decidió averiguar el porqué de aquella súbita desaparición, cuando se procedía a la discusión de un tema a todas luces interesante para los comprometidos en la empresa.

Por unos instantes se detuvo indeciso en el porche de la entrada, sin saber a dónde encaminar sus pasos. Pronto descubrió a la que buscaba, caminando indolentemente a lo largo de la avenida que conducía a los túneles de experimentación. Dave apresuró el paso y no tardó en alcanzarla.

El ruido de pasos a su espalda, llamó la atención de la joven, quien se detuvo en su paseo con una interrogación en la mirada dirigida al que sonriente le alargaba la mano en gesto de franco saludo.

—Discúlpeme, Miss Joyce, por haberla seguido, pero empezaba a cargarme la discusión que sostenían allá dentro y como vi que usted era de mi misma opinión...

—¿Usted cree? —la voz cálida de la muchacha sonó algo hiriente.

Dave, sin amilanarse, prosiguió:

—Una joven bonita como usted, debe aburrirse muchísimo en esta soledad, rodeada de viejos científicos y de fórmulas espantosamente complicadas.

—¿Es una pregunta o una afirmación?

—Participa algo de las dos cosas.

—En ese caso no tengo inconveniente alguno en decirle que es usted sumamente impertinente y curioso.

Brenda, tras estas palabras, dio la espalda a Marsh y penetró en el edificio más cercano. Dave la vio desaparecer de su vista con una irónica sumisa y, silbando una cancioncilla de moda, regresó al bar.

Al día siguiente se reanudaron las investigaciones interrumpidas hasta entonces. Dave temía instintivamente aquel momento por no considerarse suficientemente preparado para tal trabajo; pero el general Bradley había sido advertido en Washington de su inexperiencia y procuró encargarle una tarea de fácil realización. Durante unas horas el agente secreto olvidó su verdadero cometido para entregarse con febril entusiasmo al examen microscópico de los metales que componían la aleación que cubría el núcleo de la espoleta. El general se aproximó en diversas ocasiones a su ayudante con el fin de comprobar la buena marcha de sus observaciones y pronto se convenció de que Marsh sabía lo que llevaba entre manos.

Hicieron un alto en el trabajo con el fin de almorzar y el federal lo aprovechó para cambiar impresiones con Bradley, mientras ambos se dirigían al comedor. Una idea se había incubado en la mente de Marsh y sin vacilaciones se la expuso al general.

—¿Qué fin tiene la aleación que recubre la espoleta?

—Parece extraño, ¿verdad? —el interrogado sonrió—. La espoleta es muy sensible. Cualquier cambio atmosférico brusco podría dispararla antes de tiempo.

—De donde deduzco que cualquier defecto que tuviera esa envoltura, por fabricación o por haberlo provocado alguien, redundaría en un fracaso.

—Esa es la conclusión que me inclinó a exponer el caso al Ministro de Defensa.

—El proyectil de experimentación — prosiguió Marsh— se lanza desde un avión. ¿La espoleta se conecta en tierra o instantes antes del lanzamiento?

—No, claro que no, Brewster y Finley son los encargados de conectarla instantes antes de lanzar la bomba sobre el objetivo.

—En las tres ocasiones en que se ha verificado esta experiencia, ¿han sido ellos los encargados de esa misión?

—Desde luego, Brewster y Finley son peritos en...

—la expresión del general denotó intenso asombro—. ¿No irá usted a creer que ellos...?

—General Bradley —interrumpió Dave—, desde que me encargué de esta misión, he considerado sospechosas a todas las personas que están relacionadas directa o indirectamente con la

fabricación de la espoleta, incluyéndole a usted.

El químico contempló unos segundos la expresión resuelta del joven agente y luego sonrió.

—Tiene usted razón, perdóneme. Olvidé que la obligación de un investigador es sospechar hasta de su sombra.

—He observado —prosiguió el agente— que cada uno de ustedes trabaja en una particularidad distinta.

—En efecto, yo me limito a estudiar y montar el mecanismo de percusión. Hemos conseguido de esta forma que ninguno conozca por entero el secreto del artefacto, aunque unimos nuestro esfuerzo común en la última fase del montaje haciendo coordinar nuestros respectivos trabajos.

—De esta forma —concluyó Dave—, si uno de ustedes revelara por indiscreción lo que conoce, resultaría imposible construir con sus datos la espoleta completa.

El general asintió y Dave, satisfecho por sus averiguaciones, no volvió a preguntar más sobre el particular.

Transcurrieron varios días sin que nada pareciera turbar el ritmo normal del trabajo en el laboratorio. Siguiendo instrucciones de Washington, se había partido de nuevo desde el principio y cálculos y experimentos se realizaban como si fuera la primera vez que eran llevados a cabo. Dave había comunicado al general su intención de aprovechar el fin de semana para volver a la capital e informar a sus jefes de la marcha de sus investigaciones.

Mentalmente reconstruía los diez días que llevaba conviviendo con los científicos, buscando en vano algún indicio que se le hubiera pasado por alto. Un sol sofocante había caldeado durante el día aquella parte del desierto y las viviendas parecían hornos que retuvieran aún el calor de la jornada. Dave, incapaz de conciliar el sueño en aquellas condiciones, decidió dar una vuelta por el exterior deseoso de hallar algo de fresco.

Minutos después, fumando perezosamente un cigarrillo, enfiló la avenida que conducía a la parte posterior de las instalaciones. Al doblar un recodo cercano, descubrió a pocos pasos una figura de mujer que se dirigía, al parecer, al mismo lugar elegido por el agente. A pesar de la oscuridad reinante, no tuvo dificultad en identificarla: era Brenda Joyce y la oportunidad de cambiar con ella algunas frases, sedujo a Dave, que admiraba la decisión y energía de

que había hecho gala la joven en su primer encuentro.

Procurando no hacer ruido para que su presencia no fuera advertida hasta el último instante, Marsh alcanzó a la muchacha, saludándola bruscamente. Brenda se sobresaltó al oír su voz, pero no tardó en recuperar su habitual sangre fría.

—Siento haberla asustado, Miss Joyce —murmuró algo burlón Dave.

—En realidad no me he asustado, Mr. Marsh, últimamente me sobresaltó al oír su voz porque me creo sola.

—¿Le molesta que la acompañe en su paseo?

La joven le contempló unos instantes, tratando de averiguar la expresión de su rostro, semioculto por las tinieblas.

—Ni me molesta, ni me agrada. Es usted libre de pasear por donde le plazca.

— Ya veo —sonrió Dave— que no le he sido simpático. ¿No podríamos ser buenos amigos?

La muchacha se encogió imperceptiblemente de hombros.

—Momentáneamente somos compañeros de trabajo. Cuando éste termine, yo volveré a Inglaterra y probablemente no volveré a saber nada más de usted.

¿Es esa su contestación a mí pregunta?

Brenda no respondió. Durante unos momentos caminaron en silencio, hasta llegar a la valla que limitaba las instalaciones. El soldado de guardia en aquel lugar se aproximó a la pareja y tras comprobar su personalidad, saludó militarmente a ambos emprendiendo de nuevo su ronda.

—No ha respondido, Miss Joyce, a lo que le pregunté.

—¿Te importa mucho poseer mi amistad?

Dave advirtió sorprendido el tono glacial con que había sido formulada la pregunta.

—Imagino cuáles son sus propósitos, Mr. Marsh —prosiguió ella—. Usted se debió preguntar al conocerme cómo era posible que una muchacha estuviera en un lugar así, ¿no es cierto?

—Hasta cierto punto sí, pero creo...

—Es lógico —le interrumpió—, pero quiero aclararle, para que no existan equívocos, que al llegar a este laboratorio me desprendí voluntariamente de mi condición de mujer para transformarme en un científico más, encargado de una labor de gran responsabilidad.

Huelga por tanto que le indique la pérdida de tiempo que para usted supondrá el tratarme de modo distinto.

Dave silbó sorprendido por la contestación de la muchacha.

—De acuerdo, profesora. De ahora en adelante me la imaginaré con barba, aunque debe reconocer conmigo que es un preposición difícil de cumplir.

—En ese caso buenas noches, Mr. Marsh.

El agente la vio alejarse hasta que su figura se perdió en las sombras que a la débil claridad lunar proyectaban los edificios cercanos. Se encogió de hombros divertido por la escena anterior y encendió un nuevo cigarrillo mientras aspiraba el aire de la noche a todo pulmón.

Un silencio ominoso se adueñó del ambiente. Dave iba a dirigirse de nuevo a su habitación, cuando una extraña sensación le detuvo. Hasta entonces había advertido, sin darle importancia, los pasos lentos y pausados del soldado de guardia. Ahora ningún rumor se percibía. Su mirada trató de perforar las tinieblas de su derecha, sin conseguirlo. Por unos instantes pensó que el soldado se habría detenido en su paseo. Ningún ruido sospechoso había llegado hasta él y sin embargo, un sexto sentido le advertía que algo anormal estaba sucediendo. Lanzó lejos de sí el cigarrillo a medio consumir y sigilosamente se desplazó a lo largo de la valla hacia su derecha. Por instinto buscó la pistola que acostumbraba a llevar en la funda sobaquera, dándose cuenta de que había salido a pasear en mangas de camisa y había dejado el arma en su habitación. Cada vez más alarmado por la inmovilidad del invisible centinela, redobló sus precauciones. Ante él se alzaba la mole de uno de los túneles de experimentación, proyectando una sombra densa sobre las inmediaciones y entonces tropezó con el que buscaba.

El centinela estaba caído sobre el vientre y la empuñadura de un cuchillo surgía siniestro entre los omoplatos. Dave tanteó su cuerpo en busca de alguna señal de vida y un líquido pegajoso y tibio mojó sus manos. El soldado estaba muerto, no había duda alguna, y no hacía mucho rato que había sido agredido. El agente tiró del arma y limpió su hoja en las ropas del cadáver, mientras su mente reconstruía la escena.

El soldado debió ser atacado cuando en su ronda penetraba en la zona de sombras. El atacante debió ser un individuo alto y fuerte

capaz de tapar con una mano la boca del centinela y asestar con la otra el golpe que había hundido el cuchillo hasta la empuñadura, probablemente tenía a alguien más con él, que le había ayudado a sostener el cuerpo inanimado evitando que su choque brusco con la grava del paseo pudiera llamar la atención.

Dave se hizo estas consideraciones en brevísimo espacio de tiempo. Armado con el cuchillo homicida, se acercó a la parte posterior del túnel, tratando de descubrir alguna presencia humana. Sólo sombras poblaban aquel lugar, sombras y la prueba de que alguien había estado allí, un visitante furtivo de las instalaciones secretas, por cuanto había utilizado una de las salidas de emergencia existentes en el edificio y al ser descubierto no vaciló en asesinar al vigilante. El agente dirigió sus pasos hacia la cercana valla de delimitación y sus sospechas se confirmaron. Cerca de medio metro de alambre de espino aparecía cortado y arrollado, facilitando así la fuga del individuo o individuos que aquella noche habían realizado la visita al laboratorio secreto.

Marsh no lo pensó ni un segundo; se deslizó como una sombra más a través del boquete de la alambrada, tras saltar la valla de protección, y buscó en la arena las señales que podían haber dejado las pisadas de los fugitivos, no le fue difícil hallarlas; se dirigían hacia el noroeste. Trato de desarrollar la máxima velocidad sobre aquel suelo blando y movedizo, pero sus esperanzas se truncaron al oír el ruido de un motor cercano, que identificó inmediatamente como el de un «jeep». Todavía intentó proseguir su marcha, pero reconociendo la inutilidad de sus esfuerzos, optó por detenerse a los pocos instantes, resoplando como un fuelle viejo tras la penosa carrera. Unos minutos se entretuvo recobrando el ritmo normal de su respiración y luego se encaminó nuevamente hacia las instalaciones secretas.

Inmediatamente comprendió que el ruido del motor del coche había alarmado a los soldados de guardia. Varias luces brillaban en la noche y hasta él llegó el rumor de pasos y voces. Un oficial le dio el alto al verlo aparecer por el boquete en la alambrada. Dave se dio a conocer pero no consiguió desterrar las sospechas que leía en el rostro del militar. Comprendiendo su situación, narró con detalle cuanto había acontecido desde que abandonó su vivienda, sin omitir el encuentro con Brenda.

—Bien —respondió el oficial—, tendrá que acompañarme para comprobar cuanto me ha contado.

Ordenó, a los soldados que le acompañaban que convocaran al resto de los científicos en el bar y junto con Dave se encaminó al lugar designado para la reunión, tras hacerse cargo del arma que el agente aún llevaba empuñada.

Poco a poca fueron apareciendo los rostros medio adormilados de los seis científicos. Instantes después penetró en el bar el general Bradley acompañado por el comandante que asumía, el mando de las fuerzas militares. Marsh leyó en el rostro del general la gran preocupación que le invadía, por lo que sospechó que ya estaba al corriente de lo ocurrido, como se lo confirmó el hecho de que fuera el mismo quien asumiera la dirección del interrogatorio.

La profesora Adams, Brewster, Sandguist, Finley y Stewart aseguraron que se hallaban durmiendo cuando les despertaron los soldados. Brenda indicó que acababa de acostarse porque, siendo presa del insomnio, había salido a dar un paseo.

Intervino en aquel punto el teniente que había descubierto a Dave cuando entraba por el agujero de la alambrada, quien autorizado por su superior, narró lo ocurrido, preguntando a Brenda:

—¿Es cierto, Miss Joyce, que Mr. Marsh estuvo con usted?

La muchacha dirigió una rápida mirada al agente y afirmó.

—Guando fue requerida su presencia en este lugar, ¿hacía mucho rato que se había separado de Mr. Marsh?

La muchacha pareció dudar unos momentos.

—Medite bien su respuesta, Miss Joyce —insistió el teniente—, porque es probable que Mr. Marsh tuviera tiempo después de dejarla, de hacer una visita, motivo de esta reunión.

Dave, al oír la velada acusación que encerraban las frases del militar, sonrió divertido, dirigiendo una rápida mirada de inteligencia al general Bradley que se disponía a intervenir en su defensa.

Prenda pareció palidecer unos segundos y sin mirar al joven, respondió:

—Mr. Marsh no tuvo tiempo de hacer ninguna visita, ya que permaneció conmigo más tiempo del que él mismo ha declarado para no comprometerme.

Un murmullo de asombro recorrió la sala del bar.

Dave, sonriendo con expresión que quiso fuera cariñosa, se acercó a la muchacha, diciendo:

—Querida, no debías haberlo dicho. Nada demostraba que fuera yo el promotor de este alboroto.

Y luego al oído, mientras la abrazaba prosiguiendo la comedia, murmuró:

—¿Me querrá explicar a qué se debe, esa sorprendente declaración o prefiere que la bese ante sus compañeros?

Ella, muy sonrojada, trató de apartarse de Dave, pero éste, más rápido, la besó antes de que Brenda pudiera reaccionar, ante el alboroto general.

La profesora Adams se acercó a la pareja con una sonrisa bondadosa en su inteligente rostro.

—Brenda, ¡qué sorpresa! ¿Cómo no me habías dicho nada?

Todos se apresuraron a felicitar a la joven pareja, olvidando por unos momentos el asunto que en realidad los había reunido. El general Bradley, tan sorprendido como los demás, estrechó la mano de Marsh, murmurando:

—Veo que ha aprovechado bien estos diez días...

Dave le interrumpió y en voz baja explicó:

—No crea nada de todo esto. No sé por qué razón ella ha salido en mi defensa, pero trataré de averiguarlo.

Pasada la euforia de los primeros instantes, el general recordó a los presentes el motivo que les había convocado a horas tan intempestivas, acabando por poner en conocimiento de todos el asesinato cometido por unos desconocidos y el descubrimiento de que, sin fallar nada, se sospechaba que hubieran podido tomar fotografías de algunos de los esquemas guardados en la caja fuerte existente en el edificio destinado a túnel de experimentación.

—Conviene —acabó diciendo— que todos nos unamos más aún para conjurar un posible riesgo del que son buena prueba los sucesos acaecidos esta noche. Pueden retirarse a los dormitorios. Usted, Marsh, tenga la bondad de quedarse aún unos minutos.

Las palabras del general fueron acatadas en silencio y en la estancia quedaron solamente el general Bradley, el comandante y Dave.

—Creo conveniente —indicó Bradley— que el comandante

conozca su identidad, ¿no le parece?

—Sospecho que sí, so pena de verme metido en algún lío de difícil solución.

El muchacho exhibió ante los ojos del militar su carnet acreditativo de prestar servicios como agente del «Federal Bureau of Investigation» y el comandante saludóle con un suspiro de alivio.

—Ha de reconocer —indicó— que era usted el sospechoso ideal.

—Cierto, comandante —sonrió Dave—; probablemente en su lugar yo hubiera hecho lo mismo.

—Oiga, Marsh —interrumpió Bradley—, ¿sigue en pie su intención de ir mañana a Washington?

—Desde luego; ahora tengo motivos fundados para, informar debidamente a mis superiores y demostrarles que sus sospechas tenían una base. Con el fin de que mi ausencia pase lo más desapercibida posible, le ruego me facilite un automóvil discreto sin chófer. Me dirigiré a Las Vegas y tomaré pasaje en el avión de las ocho de la mañana. Espero estar de regreso pasado mañana a primera hora.

—Perfectamente —respondió Bradley—, el comandante Parker le indicará el vehículo que puede utilizar.

—Entonces, si me lo permiten, voy a mí habitación a recoger algunos utensilios de uso personal y partiré inmediatamente. Comandante —agregó—, me gustaría llevarme el cuchillo para que lo examinasen en los laboratorios del Departamento.

—No hay ningún inconveniente —aseguró el aludido.

—Entonces, general Bradley, hasta la vuelta.

Saludó sonriente y se encaminó a buen paso hacia su habitación.

CAPÍTULO II

—Eso es todo por el momento, inspector.

—Bien, bien —los ojos del inspector Bruce relucieron interesados por el relato que acababa de oír de labios del agente Marsh—. Se han descubierto por sí solos, confirmando nuestras sospechas...

—Creo que ha llegado el momento de actuar, ¿no es cierto?

—Hasta ahora guardábamos una actitud pasiva en espera de que ocurriera algo... —por unos instantes las palabras del inspector parecieron flotar en el ambiente de la habitación, donde la entrevista se estaba efectuando; luego Bruce perdió su inmovilidad y avanzó el mentón en gesto combativo.

—Hay que obrar con mucha cautela, indagando desde las sombras, reuniendo los cabos de la madeja para asestar el golpe definitivo en el momento oportuno. Creo conveniente que sigas ocultando tu verdadera identidad. Indicaré que manden reforzar las tropas de guarnición, para que el personaje oculto que mueve los hilos de esta intriga, no sospeche si observa que nada se altera tras la muerte de ese pobre muchacho. Hay que combatirles con sus propias armas, es la única forma de vencerles.

—De acuerdo, jefe —murmuró. Dave.

—Tómate unas horas de descanso. Esta noche le tendré preparadas las instrucciones de acuerdo con las órdenes que reciba de los jefes.

El agente abandonó el domicilio del inspector y por unos momentos se detuvo indeciso, sin saber adónde encaminar sus pasos. Consultó su reloj de pulsera; al comprobar la hora se dirigió a un bar cercano donde realizó una llamada telefónica. Minutos después se detenía ante una elegante mansión enclavada en la avenida Parker. El portero, que debía conocerle por visitas anteriores, le saludó afablemente. En el ascensor, se trasladó al piso

cuarto y poco después pulsaba el timbre de uno de los departamentos, mientras con la mano libre, en gesto maquinal, se arreglaba el nudo de la corbata. No tardó mucho en recibir respuesta a su llamada. Correspondiendo a ella abrióse la puerta recortándose en su umbral la figura grácil de una bella muchacha rubia que en gesto impulsivo echó los brazos al cuello del agente, murmurando:

—Dave...

El joven respondió al abrazo de la muchacha rodeando su fino talle con los brazos, mientras besaba suavemente sus rojos labios.

—Hola, querida —respondió cuando cesó en su caricia—; será mejor que pasemos, ¿no crees?

La muchacha se ruborizó ligeramente al oír las palabras de Marsh, apresurándose a cumplir su indicación.

—Supongo que no tenías nada urgente que hacer —afirmó Dave cuando se halló en la diminuta salita de estar.

—No hay nada en el mundo más importante para mí que tú.

El agente sonrió al escuchar la respuesta llena de vehemencia de la joven y con ademán perezoso se reclinó en el sillón.

—¿Hasta cuándo estarás aquí, Dave?

—Muy poco tiempo, Liz... Horas tan solo. Podemos comer juntos e incluso bailar un rato esta tarde, pero a las ocho me veré obligado a dejarte de nuevo.

Una gran desilusión se plasmó en el bello rostro de la muchacha.

—¡Oh, Dave! ¿Cuánto va a durar todo esto?

—Mo debes tomártelo así, querida; te prometo que cuando termine este asunto pediré unas vacaciones y te las dedicaré por entero. Ahora, hemos de pensar solo en divertirnos.

El agente dirigió una intensa mirada a Liz y añadió:

—Vamos, sonríe un poquito en mi honor... Así me gusta.

Se puso en pie indeciso unos segundos para preguntar:

—¿Te importaría que utilizara un ratito tu cuarto de baño? No he tenido tiempo de pasar por mí piso y necesito darme una buena ducha.

Liz le indicó la situación del cuarto de baño y momentos después Dave estaba bajo el chorro de agua fría, recreándose en aquella expansión física tan necesaria para su cuerpo que le parecía

saturado de la arenilla del desierto. A través de la puerta oyó la voz de Liz que le anunciaba:

—Dave, te dejo encima de la silla un albornoz mío, no tengo otra cosa. Mientras te duchas te cepillaré un poco el traje.

Marsh respondió afirmativamente, sonriendo. Era una gran chica Elizabeth, decididamente debía hablar seriamente con ella y demostrarle que el cariño que la profesaba era mucho más firme de lo que había demostrado hasta el momento.

Silbando una canción de moda procedió a vestirse y minutos después se reunía con la muchacha, que le aguardaba en el saloncito.

—Me encuentro a las mil maravillas, cariño.

La estrechó entre sus brazos besándola apasionadamente y luego preguntó:

—¿A dónde vamos a comer?

—Me da lo mismo, elige tú.

Dave trazó el plan a seguir durante las horas que podía disponer de permiso, añadiendo al final:

—Hemos de procurar divertirnos lo más posible sin pensar en la separación. Quiero demostrarte esta tarde que en mi ausencia, sólo debes pensar en dos palabras: te quiero. Lo demás no te debe preocupar.

Liz acarició suavemente el rostro masculino y asintió a sus indicaciones.

* * *

El trabajo había transcurrido normalmente durante todo el día, sin que ninguno de los científicos hiciera la más leve alusión a la ausencia de Dave durante el fin de semana. El agente había decidido entablar conversación con Brenda con el fin de iniciar a través de ella una progresiva política de acercamiento al resto de los sabios, pero con sorpresa observó que la profesora Adams le aguardaba en la puerta del laboratorio. Fingiendo no notar su presencia, trató de pasar de largo, con el ánimo de alcanzar a la joven que caminaba apresuradamente hacia el pabellón donde residía, pero la doctora se interpuso en su camino, diciéndole:

—No se marche, joven. Tengo necesidad de hablar con usted.

Marsh la saludó cortésmente, e inquirió:

—Usted dirá en qué puedo servirla...

—Será mejor que demos un paseo para no llamar la atención de los demás.

Durante unos momentos pasearon en silencio. Luego la profesora Adams preguntó súbitamente:

—¿Cómo consiguió eludir las sospechas que sobre usted recaían?

—¿Cómo? —el asombro del joven no fue fingido.

—No es preciso que disimule conmigo, Mr. Marsh. Brenda y yo estamos convencidas de que usted sabe mucho más sobre lo ocurrido en la noche del viernes, de lo que declaró.

—¿De veras?... ¿Qué cree usted que oculté?

—No lo sé, pero sus razones tendrá para ello. Yo creo que usted no mató al soldado, estoy convencida de ello.

—Gracias por su confianza...

—Brenda no lo cree, sin embargo —añadió la doctora.

—¿Por qué razón trató de defenderme entonces?

—Ella se limitó a confesar la verdad. Mire, muchacho, yo ya soy una vieja y a nuestra edad se ven más claras ciertas cosas. Usted no tiene aspecto de asesino, ni de persona de mal vivir. Por otra parte, ha merecido la confianza del general Bradley y creo que eso encierra algún significado.

Se detuvieron en su paseo junto al límite norte del campamento y Dave sonrió amistosamente a la profesora Adams.

—¿Qué deduce de todas esas pistas que tan claramente, me ha expuesto?

—En realidad, nada. De todas formas, reconozca conmigo que sería demasiado sencillo todo, si usted fuera, lo que realmente representa. Créame; si Brenda ha despertado en usted algún sentimiento, no deje que persista en su error. La conozco bien y bajo su apariencia de mujer joven y bonita se esconde una voluntad enorme unida a un concepto muy elevado de la dignidad y el decoro. Supongo que a través de mi insinuación sabrá interpretar en su verdadero sentido mis palabras.

Marsh dejó que su vista se perdiera en la lejanía monótona del desierto. Su mente barajaba las palabras pronunciadas por la anciana doctora sin hallar ilación adecuada en ellas. ¿Era una vieja

maniática con afanes casamenteros? ¿Acaso Brenda habíale confiado una insospechada ilusión?

Transcurrieron varios minutos sin que surgiera respuesta alguna de los labios del agente. El sol se había ocultado tras el horizonte y la obscuridad naciente hacía adoptar extrañas formas a las dunas vecinas. Dave improvisó repentinamente un plan. No acababa de ver muy clara aquella rara intervención de Mrs. Adams. Por ello respondió:

—Supongamos que fuera cierto cuanto usted sospecha. Que Brenda signifique para mí algo más que una compañera de trabajo: ¿qué me aconseja que haga?

Los labios ya marchitos de la profesora esbozaron una débil sonrisa.

—Eso sería estupendo, de ser cierto. Deduzco entonces que el viernes usted se encontraba junto a la valla porque sabía que Brenda estaría allí...

—Poco más o menos, así fue.

—Bien, eso aleja por completo de mi mente las absurdas sospechas que Brenda pretendía incubarme. Me alegro por usted y... por ella.

Dave, en su papel de enamorado, se creyó en la obligación de preguntar:

—¿Entonces usted cree...?

—¿Qué Brenda le ha mirado con especial atención? En mis tiempos los hombres eran más listos. Bien. Míster Marsh, me tiene a su disposición para cuanto guste.

Dave la saludó, estrechando la fina mano que ella le tendía y la vio alejarse por el sendero cercano con una sonrisa de desconcierto. Mecánicamente encendió un cigarrillo, echando de paso una mirada a su reloj de pulsera: aún disponía de unos minutos antes de la hora de la cena. Rápidamente se dirigió a su habitación para anotar los detalles más importantes de la conversación sostenida, aunque, en su fuero interno la calificaba de «estupidez de vieja maniática».

Nada anormal descubrió en la vivienda al entrar. Por instinto dirigió una mirada circular a cuanto le rodeaba, extrayendo segundos después, de un cajón de la mesa, un libro en forma de diario. Unos instantes se abstraigo sobre la hoja de papel en blanco sin decidirse a escribir nada y entonces empezaron a sonar los

gritos.

Dave se puso en pie de un salto, dirigiéndose a largas zancadas hacia la puerta, pero antes de que pudiera poner su mano sobre el pomo, ésta se abrió mostrando dos figuras que sostenían firmemente unos revólveres de corto cañón dirigidos hacia su pecho. Dave parpadeó desconcertado y aquellos tipos entraron en su habitación, cerrando la puerta a sus espaldas.

—Quietecito, amigo —habló uno de ellos con ronca entonación—. Le irá mucho mejor si hace cuanto decimos.

—¿Qué quieren de mí?

Dave procuraba ganar tiempo, mientras su cerebro trabajaba a toda presión.

—Nada más que esté quieto; cuando queramos algo más ya se lo diremos.

Los segundos parecían de plomo. La situación resultaba a todas luces absurda. Dave, de pie en el centro de la estancia, lugar al que había tenido que retroceder impulsado por las armas de los dos desconocidos, y ellos a ambos lados de la puerta en actitud expectante, sin quitarle ni un momento la vista de encima.

En el exterior proseguía el barullo. Hasta la reducida habitación llegaba el eco de muchos pasos apresurados y el pito de señales que empleaban los sargentos para comunicar órdenes. Indudablemente algo grave estaba ocurriendo. Dave dirigió una mirada, al parecer indiferente a los dos hombres que le encañonaban, notó en ambos un creciente nerviosismo y juzgó que su ocasión se aproximaba.

Unos pasos resonaron distintamente en el porche del pabellón. Luego unos golpes espaciados se escucharon en la puerta. Con un suspiro de alivio, uno de los desconocidos abrió, dando paso a un tercer individuo, que murmuró:

—Todo va bien. Será mejor que salgamos de aquí cuanto antes.

Las pistolas hicieron un gesto conminativo, mientras el recién llegado ordenaba:

—Salga fuera y cuidadito con intentar algo porque sería lo último que hiciera en su vida.

Dave decidió obedecer, curioso por saber en qué terminaría todo aquello. Notando el cañón de una pistola pegado a sus riñones, siguió la dirección que le indicaba uno de los asaltantes. El grupo se

encaminó a la valla más cercana, obligando al agente a pasar a través de un boquete abierto en la alambrada. Dave se dijo mentalmente que el Gobierno no iba a tener dinero suficiente para reparar las vallas protectoras del lugar, como la cosa continuara así durante mucho tiempo. A pocos metros distinguió la sombra negra de un vehículo; el grupo se acomodó en él e inmediatamente se pudo oír el ruido del encendido, accionado por un cuarto individuo que les aguardaba en el interior del automóvil.

Dave, sentado en el asiento posterior entre dos de aquellos desconocidos que oprimían con muy poca delicadeza sus costados con los cañones de sus armas, trató de indagar el lugar a donde era conducido, pero un gruñido del vigilante de su derecha y una mayor presión de la pistola, fue toda la respuesta que consiguió.

Durante media hora, el automóvil se tambaleó sobre la arena, rechinando todas sus piezas por el trato despiadado a que eran sometidas, luego abordaron una carretera de segundo orden y el traqueteo disminuyó aumentando progresivamente la velocidad. El agente sabía que aquella carrera no podía durar mucho; probablemente en aquellos momentos toda la policía del Estado estaba tras la pista de los asaltantes del laboratorio secreto. Por otra parte, el hecho se había consumado siguiendo la misma táctica empleada con anterioridad y en aquella ocasión, ningún puesto de policía registró el paso del vehículo.

Pronto comprobó que sus sospechas eran fundadas al distinguir en la oscuridad de la noche las luces de una casa, al tiempo que el vehículo disminuía la velocidad de su carrera. El coche se detuvo ante una especie de chalet de veraneo e inmediatamente se abrió la puerta de la casa apareciendo en su umbral la figura de un hombre que saludó familiarmente a los ocupantes del automóvil sin extrañar la presencia del agente entre ellos.

—Pasad, chicos, el jefe se alegrará de veros. Ya estaba algo inquieto...

Siempre bajo la amenaza de sus armas, Dave fue obligado a entrar en una habitación contigua al vestíbulo, donde aguardaba un individuo, a todas luces el mencionado jefe, que saludó sonriente al policía.

—Siéntese —indicó una butaca en el centro de la estancia—. ¿Un cigarrillo?



—Le entenderé un pase de libre circulación, Houston,
2 — SABOTAJE

Dave asintió, asombrado por su cortesía y tratando de imaginarse los motivos que habíanles inducido a llevarle hasta allí.

—Adivino que le extrañará todo esto —aquel hombre parecía haber interpretado sus pensamientos—, pero no es cosa frecuente el albergar entre nosotros a uno de los valientes hombres del F.B.I.

Dave le observó imperturbable, aunque en su fuero interno no pudo evitar la alarma que tales palabras le producían.

—No comprendo... —empezó a decir.

—No hace falta que trate de disimular. Conocemos perfectamente su identidad y la misión que desempeña en ese laboratorio, Dave Marsh. Y como no nos conviene que estropee nuestros planes, será preciso apartarle de nuestro camino.

Dave se removió inquieto en el butacón. Aquellas palabras, veladas por un tono cortés, encerraban una completa amenaza.

—Nada adelantaremos matándole, porque sus jefes se apresurarían a enviar a otro en su lugar y a crearnos más complicaciones. Por otra parte, sospecho que usted no se decidirá a colaborar con nosotros, pues conocemos de antemano la integridad de los *G-men*. Por eso he hallado una solución intermedia que voy a poner en su consideración. El mismo secreto que guarda las instalaciones y las personas que integran el grupo de investigadores, será nuestro aliado. Uno de mis hombres va a ocupar su lugar en el laboratorio. Nadie sospechará nada porque irá provisto de una documentación en toda regla que le acreditará como agente del F.B.I.; presentará además una carta del propio Hoover que entregará al general Bradley, en la que se indicará la conveniencia de que usted prosiga las investigaciones por otra zona, dejando la misión de vigilancia directa a su compañero portador de la carta. De esta forma Washington no sabrá nada de momento.

—Pero usted no puede creer que esta treta se mantenga impune durante mucho tiempo.

El hombre sonrió amablemente, añadiendo:

—No precisamos mucho tiempo. Sólo tres o cuatro días, lo suficiente para que nuestro agente, el que le sustituirá en su cargo de vigilante, nos proporcione, valiéndose de su cargo, todos los datos que precisamos sobre la nueva espoleta.

Dave se acarició pensativamente el mentón, reconociendo la habilidad del plan tan astutamente trazado ¡Tres o cuatro días y él

sin poder impedirlo!

—¿Y cuándo lo hayan conseguido —preguntó—, qué piensan hacer?

—Entonces usted ya no nos servirá para nada, ni vivo, ni muerto...

Hizo una seña a los que habían conducido al agente hasta aquel lugar y nuevamente bajo la amenaza de las pistolas, se vio obligado Dave a dejarse atar, siendo encerrado en el sótano de la casa.

* * *

La alarma que la extraña incursión causó entre los que ocupaban las instalaciones secretas duró varias horas. Era ya medianoche, cuando el general Bradley y el comandante Parker se reunieron en el despacho de este último. El general parecía a punto de estallar.

—¿Qué habrán pretendido?

—No lo sé, mi general —Parker estaba preocupado—.

Según he podido averiguar, la alarma se produjo en el sector Norte. Un desconocido trató de penetrar en el recinto alambrado y el centinela le dio el alto. El individuo al verse descubierto se dio a la fuga; inmediatamente una patrulla partió en su busca y yo mismo con otro grupo me dediqué a observar los alrededores de aquella zona para tratar de descubrirle. Minutos después oímos un automóvil que se alejaba por la parte sur de las instalaciones.

—Yo también lo oí y ya he revisado el contenido de la caja fuerte. Nada parece faltar en ella, ni creo tuvieran tiempo de llevársela tampoco. Luego está la desaparición de Marsh. De momento creí que se había unido al grupo de exploración, pero no es así. Probablemente descubrió algo importante y quién sabe dónde estará ahora.

—¿No cree que debería comunicar a Washington lo ocurrido?

—Creo preferible esperar. Si Marsh no aparece antes de mediodía, me iré en avión a la capital.

La noche transcurrió en una constante, tensión nerviosa. Los puestos de vigilancia fueron reforzados y los soldados recibieron órdenes muy estrictas.

Alrededor de las ocho de la mañana, el general que no había

podido conciliar el sueño, recibió una comunicación del control de la puerta principal. Inmediatamente se dirigió hacia aquel lugar donde, según le habían indicado, se hallaba detenido un automóvil. El guardián de la puerta le saludó rígidamente, indicando:

—Ahí está, mi general.

Bradley se acercó al vehículo, mientras, de su interior salía un hombre joven que le saludó con jovialidad, diciendo:

—El general Bradley, supongo... Me llamo Alfred Houston — estrechó la mano que le tendía con cierto recelo el militar y agregó: —Acabo de llegar de Washington, me envían a sustituir a Dave Marsh.

El general le miró sorprendido.

—¿Sustituir?

El joven sonrió agradablemente y aclaró:

—Dave fue contratado por el Gobierno para realizar unas investigaciones en otro lugar. Yo recibí el encargo de ocupar aquí su puesto. Si me permite pasar le aclararé sus dudas.

El general empezó a comprender el verdadero sentido de las frases que utilizaba el desconocido y se apresuró a indicar al soldado de guardia:

—Llame al comandante enseguida.

Luego, dirigiéndose de nuevo al joven, añadió:

—Enseguida arreglaremos esto. ¿Traerá alguna indicación escrita, supongo?

—Desde luego. Se la mostraré en cuanto estemos libres de miradas indiscretas.

No tardó en aparecer el comandante Parker, que fue puesto en antecedentes por el general con toda rapidez. El militar examinó la alfa figura del visitante y concedió:

—Nada ocurrirá.

Entre el general y el comandante, Houston cruzó la puerta de entrada siendo guiado hasta un pequeño despacho, no muy alejado de ésta. Una vez libres de miradas ajenas, Houston extrajo de una cartera de mano un pliego que alargó al general.

Durante unos minutos reinó el silencio en la estancia. Luego el general pasó la carta al comandante, comentado:

—Está en regla. Dígame, Houston; ¿qué ha motivado el que Marsh fuera relevado?

—Según parece ha sido descubierta una pista bastante clara en otro lugar, ignoro cuál, y para no despertar sospechas entre los ocultos miembros de la organización que perseguimos, se simuló el rapto de Dave. Por lo menos así me dijeron que lo harían anoche.

—Efectivamente, así se hizo —aclaró el comandante — y tan perfectamente que nos ha tenido preocupados toda la noche. Le extenderé un pase de libre circulación y se lo enviaré a su vivienda inmediatamente.

Houston saludó al militar y salió del despacho en compañía del general Paseando se dirigieron hacia el grupo de construcciones. El militar, tranquilizado ya por completo, preguntó:

—Esa pista que mencionó, ¿es lo suficientemente buena?

—En realidad no lo sé, aunque sospecho que debe serlo a juzgar por la importancia que le han dado.

—Referente a su estancia entre nosotros, ocupará usted la vivienda que utilizó Marsh. Conoce usted también la Química?

—Desde luego. Creo que la mejor explicación que podrían dar a los científicos con quienes he de trabajar, es que Marsh fue alejado de aquí por las sospechas que sobre él recaían ante lo acontecido hace unos días. Así me lo indicó el inspector.

—De acuerdo. ¿Quiere usted cambiarse de ropa?

Se detuvieron ante la que había sido vivienda del agente especial.

—Creo que lo necesito. Entre el calor y la arena del desierto estoy hecho una calamidad.

—Bien, pasará a buscarle dentro de media hora.

CAPÍTULO III

Dave calculaba que debía llevar ya unas dieciséis horas de cautiverio. Las muñecas le dolían enormemente por los esfuerzos que había hecho para librarse de las cuerdas que las sujetaban. Notaba la sangre que corría por las palmas de sus manos y un sudor frío bañaba su frente. El cambio ya habría sido realizado. El secreto tan celosamente guardado estaba expuesto a los ojos de aquel que le sustituía, sin que nadie sospechara su verdadera identidad. Esta idea pareció darle nuevas fuerzas. Con el fin de aliviar momentáneamente el envaramiento a que se veían sometidos todos sus músculos por la posición forzada en que se hallaba, dobló lentamente las rodillas bajo su cuerpo para tratar de ponerse en pie. Tras ímprobos esfuerzos lo consiguió; unos instantes permaneció sin moverse recuperando la perdida respiración y tratando de orientarse en la oscuridad de la estancia. ¡Si por lo menos tuviera las manos libres! Recordó de pronto una barandilla de hierro que había vislumbrado al ser conducido a su encierro. Estaba en la entrada, protegiendo al que descendía por el tramo de escalera. Con cuidado para no tropezar con algún obstáculo invisible, se dirigió hacia la pared más cercana; luego, apoyando un hombro en ella, empezó a caminar. Pronto tropezó con la esquina, siguió la nueva pared y con alegría notó a los pocos instantes la presión que la anhelada barandilla producía en su estómago. Con lentitud se colocó de espaldas a ella tratando de encontrar algún saliente en el hierro que le permitiera rozar la cuerda que sujetaba sus muñecas. Tras unos instantes de ansiedad, halló lo que buscaba; frenéticamente se dedicó a pasar una y otra vez las ligaduras por la pequeña mella del hierro, mientras procuraba mantenerlas tirantes para ayudar así a la labor de desgaste.

Nunca supo si habían transcurrido unos minutos tan solo u horas. Fue primero un estremecimiento que le impulsó a frotar con

más energía hasta que un chasquido apañado y una sensación de soltura le advirtieron que su objetivo estaba logrado. Con un suspiro de satisfacción se acarició las doloridas muñecas, buscando en la fricción un alivio al envaramiento que sentía.

Más repuesto subió la escalera hasta tropezar con la puerta que le privaba de libertad. Suavemente tanteó el pomo confirmándose en la idea de su encierro. Su mente trabajaba a toda velocidad. Tenía que hacer algo y pronto. Se registró los bolsillos y comprobó que no le habían dejado ni una cerilla. Desalentado se sentó en el primer escalón, comparando mentalmente su situación con la de una rata acorralada. Un bostezo y un extraño hormigueo en el estómago, le hicieron considerar una nueva faceta que no se le había ocurrido antes. Si les interesaba conservarle vivo de momento, tendrían que darle de comer, ¡Aquella era su oportunidad!

Rápidamente trazó él plan a seguir. Sus enemigos le creían atado en un rincón del sótano. Al saberle indefenso no tomarían excesivas precauciones. Descendió la escalera y ocultóse al lado de ella, de forma que el que entrara no descubriera su presencia hasta haber descendido el tramo de escalones.

Minutos después, unos pasos y el rumor de cerrojos que se descorrían le obligaron a envarar el cuerpo, disponiéndose a entrar en acción. La puerta del sótano se abrió y por la escalera descendieron dos hombres. Uno llevaba unos platos de comida, el otro una linterna con la que alumbraba a su compañero el camino. Dave juzgó más conveniente atacar al segundo de ellos, el portador de la luz. Aguardó pues, a que pasara ante él el que llevaba la comida y dando un salto cayó sobre el segundo de los hombres. El peso de su cuerpo y la sorpresa hicieron que el bandido perdiera el equilibrio, cayendo al suelo con un grito ahogado. Dave no perdió el tiempo, alzó el puño derecho y rápidamente lo dejó caer sobre donde suponía se hallaba la nuca del caído. El golpe hubiera bastado para derribar a un novillo y por lo visto aquel individuo no tenía su resistencia, porque dejó inmediatamente de moverse. Todo aquello transcurrió en una fracción de tiempo tan pequeña que el compañero del caído no tuvo tiempo más que de dejar caer los platos que llevaba en ambas manos mientras extraía el revólver de la funda sobaquera. Dave adivinaba que esas habrían sido las

acciones de su enemigo, aunque no pudiera verle porque el haz luminoso de la linterna apuntaba en otra dirección.

—Joe, Joe —se oyó murmurar a poros pasos—, ¿dónde diablos te has metido?

El agente procuró no hacer el menor ruido mientras avanzaba hacia el lugar donde sonaba la voz. Unos pasos indecisos le hicieron comprender que el asustado pistolero se dirigía hacia donde lucía la linterna. No esperó más, con toda la velocidad que sus piernas le permitían, sin cuidarse de ocultar ya su presencia, se dirigió a aquel punto, separado de él por menos de siete metros. Súbitamente sufrió un encontronazo con su invisible enemigo. Cargó todo el peso de su cuerpo sobre él, mientras tanteaba con la mano derecha en busca del brazo armado. Su mano se cerró sobre el cañón de la pistola, e inmediatamente empujó fuertemente hacia arriba y hacia atrás para forzar su postura, e impedirle el disparo. El pistolero, pasada la primera sorpresa, levantó bruscamente la rodilla derecha, mientras soltaba la pistola, obligado por la intolerante presión a que tenía sometido el brazo. Dave recibió el rodillazo en el bajo vientre y un dolor agudísimo le obligó a inclinarse hacia delante, para recibir un izquierdazo en el mentón que hizo encender lucécitas brillantes en su cerebro. Se dejó deslizar hasta el suelo para evitar el nuevo golpe y desesperadamente alargó los brazos hasta apresar los pies de su rival. Inmediatamente tiró bruscamente con fuerza hacia adelante, y con una maldición, el pistolero cayó de espaldas. Saltando sobre su propio estómago, Dave aterrizó encima del caído, antes de que pudiera reponerse. Nerviosamente buscó el cuello de su enemigo y en cuanto lo localizó apretó con ansia salvaje. El otro trató de zafarse de la presa, pero las rodillas del agente le mantenían en el suelo, impidiéndole rodar sobre sí mismo. Un estertor ahogado escapó de su garganta y Dave aflojó instantáneamente la presión pare largarle un derechazo en la mandíbula que produjo un crujido de huesos rotos. Luego se sucedió el silencio.

El agente se puso trabajosamente en pie, resoplando. Se apoderó inmediatamente de la linterna, mudo testigo de la pelea, y exploró a su alrededor con el haz luminoso. A pocos pasos de él descubrió la superficie brillante de la pistola, que recogió con presteza, comprobando su carga de proyectiles. Luego regresó al

lugar donde dejara al primer bandido, que seguía sin conocimiento, y le ató con su propio cinturón. Hizo lo propio con el segundo y los trasladó a un lugar alejado del sótano con la intención de que cuando recuperaran el sentido, no pudieran ayudarse para escapar. Registró luego a ambos apoderándose de una nueva pistola y se dirigió a la puerta de salida.

Esta estaba tan solo entornada y Dave se maravilló de que nadie hubiera notado el rumor de la lucha. Mentalmente calculó qué si en aquellas horas no había aumentado el número de habitantes de la casa, debería enfrentarse con tres hombres más y este pensamiento no le hizo demasiada gracia. Recordó que el pasillo que conducía al sótano, desembocaba en el vestíbulo y con infinitas precauciones se encaminó hacia allí. Un prudencial vistazo le cercioró de que nadie aguardaba en aquel lugar la vuelta de los dos hombres que le habían visitado. Ante él se abría el desierto vestíbulo. Un rumor de conversaciones le previno de que por lo menos dos hombres de los tres que teóricamente debían quedar en la casa, se encontraban en la habitación donde fue introducido al llegar. Sin vacilaciones se dispuso a entrar en acción. Suavemente, procurando no arrancar crujidos delatores del parquet, bordeó el *hall* hasta hallarse junto a la puerta entornada que le separaba de los que estaban hablando. Con la pistola firmemente empuñada dio un puntapié a la puerta, al tiempo que conminaba:

—¡Arriba las manos todos!

Los dos ocupantes de la habitación le miraron con sorpresa sin obedecer su orden.

—¡Vamos, no tengo tiempo que perder, levanten las manitas, amigos! Así está mejor.

Dave comprobó que ninguno de aquellos era el jefe que con tanta amabilidad le comunicara horas antes el inteligente plan. Cerró la puerta a su espalda sin perder de vista a los dos bandidos y luego ordenó:

—Pronto, acérquense a la pared y vuélvanse de espaldas. Las manos tras la nuca, que las vea bien.

En esta posición pudo desarmarles con facilidad. Luego indicó:

—Tú, amigo, ata a tu compinche con tu cinturón.

Observó cómo lo hacía y satisfecho, guardó el arma procediendo a atar al otro pistolero con el cinturón del indefenso.

Cuando ambos estuvieron amarrados a su gusto, preguntó:

—¿Dónde anda vuestro jefe?

—Salió esta mañana —respondió uno de ellos.

—Supongo que volverá, claro. Me gustaría hacerle un recibimiento cordial. ¿Hay alguien más en la casa?

Ambos negaron con la cabeza. Dave les sujetó los pies con unas cortinas y los colocó en puntos opuestos de la habitación. Luego decidió darse una vuelta para comprobar la veracidad de sus respuestas.

Detenidamente examinó todas las habitaciones sin encontrar persona alguna. Al descubrir un teléfono tuvo una repentina idea. Descolgó y solicitó una conferencia con Washington con carácter oficial.

Minutos después, la voz habitualmente brusca del inspector Bruce, se dejaba oír a través del aparato telefónico.

—Hola, jefe —saludó Dave—. ¿Sabe quién soy?

—¡Condenación! —gruñó el inspector—. Dave, calamidad, ¿de dónde sales?

—Casi del infierno. —Luego narró brevemente lo acaecido durante las últimas horas y los planes que le había expuesto el «boss» a su llegada a la casa. Terminó diciendo: —Creo que debería ordenar a Las Vegas que vinieran en mi ayuda. Yo me voy a quedar aquí aguardando al jefe pero precisaré que alguien se haga cargo de todos estos angelitos.

—Bien, Dave, ahora mismo avisaré a los compañeros para que vayan en tu ayuda. Ordenaré a las fuerzas militares del laboratorio que vigilen a tu sustituto, porque supongo que querrás cazarlo tú mismo.

—Acertó. En cuanto deje a estos en buenas manos, saldré para el laboratorio. Procure advertirles que no hagan ruido al venir hasta aquí para evitar que se nos escape alguien.

—No te preocupes.

Dave colgó el auricular y volvió junto a sus prisioneros.

—Ahora, muchachos, esperaremos a que venga vuestro jefe. Veréis qué sorpresa tan grande se lleva.

En la cocina encontró algo de comida, que consumió con verdadero apetito y en uno de los cajones de la mesa, unos paquetes de cigarrillos. Convenientemente pertrechado se dispuso a aguardar

la llegada del jefe, al que pensaba preguntar muchas cosas que veía oscuras desde su llegada a aquel lugar.

Mentalmente reconstruyo los hechos desde que uno de los pistoleros penetrara en la vivienda a él destinada en el laboratorio. Indudablemente el asalto a las instalaciones secretas se había realizado con el único fin de capturarlo. Supuso que habían fingido una infiltración que motivó la movilización de las fuerzas de vigilancia hacia un punto determinado del recinto para así poder llegar hasta él con mayor desahogo. Esto y la seguridad con que el jefe le habló desde su llegada a la casa, le confirmaron en la opinión que su verdadera personalidad era sobradamente conocida por los miembros de la banda. Pero, ¿qué personas conocían su estancia allí? ¿Quiénes eran los que sabían que él era un agente del Gobierno? El círculo de sospechosos era muy breve: el inspector Bruce, el jefe de archivos del F.B.I. en Washington, Mr. Hoover, director del organismo policiaco, el general Bradley y el comandante Parker. Los tres primeros debían ser eliminados de sus sospechas sin reservas de ningún género. Restaban solamente Bradley y Parker. Pero ¿podía realmente calificar a alguno de los dos de enlace con la banda?

Dave encendió un nuevo cigarrillo barajando en su mente contradictorias ideas. Transcurrió de esta guisa hora y media desde la llamada telefónica a Washington, sin que nada turbara el silencio que envolvía la casa. El agente empezó a notar los efectos de la dilatada espera y para disipar un poco el tedio a que se veía obligado, pensó trasladarse al piso superior de la casa desde donde dominaría mejor la carretera cercana y el camino. Aseguró las ligaduras de sus prisioneros y para evitar sorpresas, les amordazó con unos pedazos de cortina. Se aseguró de que la puerta del sótano seguía bien cerrada y finalmente se instaló en una especie de dormitorio del piso superior cuya ventana daba directamente al camino que conducía a la casa. Para evitar el ser descubierto por imprudencia, corrió las cortinas de la ventana. Así podía observar libremente sin ser visto. Con una mueca de envidia, descubrió adosado a la pared frontera un diván convertible y aquella visión le recordó que había pasado la noche en blanco y que además se sentía atrozmente cansado; pero aún tenía muchas cosas que hacer. Maquinalmente registró los cajones de una mesa situada a poca

distancia del sitio escogido para la espera. Fue un movimiento instintivo y por eso no se extrañó de hallarlos vacíos. Consultó de nuevo su reloj: la policía estaría al llegar y aquel maldito malvado sin aparecer. Perezosamente se puso de nuevo en pie rascándose dubitativamente el mentón. Su mirada se posó entonces en un armario y hacia él se dirigió, seguro de obtener el mismo éxito que con la mesa. Corrió la puerta y halló unos trajes y más cajones vacíos. En el bolsillo interior de una de las americanas descubrió una carta. El sobre estaba dirigido a Lou Garret, probablemente el jefe que esperaba, la dirección era la de aquella casa. Extrajo del interior un pliego escrito a máquina. Parecía una simple carta formularia; sin embargo, un suspiro de satisfacción se escapó de su garganta al leer un párrafo en el que se mencionaba que cierto representante había sido enviado a Las Vegas. Indudablemente la persona que enviara tal carta era el enlace que había comunicado a la banda, la verdadera personalidad del nuevo químico destacado en el laboratorio. El lugar de la firma estaba ocupado por un trazo rectilíneo que nada podía aclarar, febrilmente dedicó su atención al matasellos del sobre. Era de Washington y había sido estampillado dos días antes. Precisamente cuando él estuvo de visita en la capital para informar al inspector. Aquella coincidencia le dio motivo para pensar de nuevo en la personalidad del enlace desconocido. Ideas contradictorias se barajaban en su mente —cuando escuchó el motor de un automóvil cercano, inmediatamente se colocó junto a la ventana, divisando las esbeltas líneas de un «De Soto».

En pocos momentos se situó a la puerta de entrada de la casa en el desierto vestíbulo, empuñando firmemente una de las pistolas arrebatadas a los bandidos, pero su tensión desapareció al divisar por la mirilla el uniforme de uno de los ocupantes del vehículo. Abandonando las ya inútiles precauciones, abrió la puerta a los visitantes, al tiempo que saludaba al que parecía mandarles:

—¡vaya, amigos! Creí que no venían...

—¿Es usted Marsh?

—El mismo. Les envía el inspector Bruce de Washington, ¿verdad?

Un apretón de manos confirmó la pregunta.

—Tengo aquí a cuatro pájaros, pero me falta su jefe que aún no ha regresado. Sería conveniente que se quedaran ustedes

esperándole y me prestaran el automóvil para regresar a Las Vegas.

—De acuerdo. Le acompañarán dos de mis hombres para llevarse a los detenidos.

Dio unas ordenes tras informarse del lugar donde estaban los prisioneros y momentos después Dave ocupaba el asiento junto al conductor del automóvil.

—Recuerde, teniente —advirtió antes de partir—, ¡que me interesa ese hombre vivo para que me cuente muchas de las cosas que debe saber.

—Lo intentaremos, no se preocupe.

Marsh agitó la mano en saludo de despedida y el poderoso «De Soto» inició el camino de regreso a la ciudad.

* * *

—Mi general —el soldado se había cuadrado rígidamente—, el comandante Parker le ruega pase por su despacho con urgencia.

Bradley asintió con la cabeza y dirigiéndose a Houston, murmuró:

—Le ruego me disculpe unos instantes. Debe ser algo relacionado con la vigilancia de las alambradas.

El falso agente sonrió agradablemente y el general se dirigió a la oficina de Parker. Apenas traspuso la puerta notó el aspecto preocupado de su subordinado:

—¿Ocurre algo, comandante?

—Me temo que sí, señor. Acaba de llegar este mensaje cifrado de Washington.

Bradley tomó el papel que le entregaba y leyó su contenido. Una acusada palidez afloró a su rostro. Desconcertado pasó su mano por la frente al tiempo que volvía a leer el mensaje.

—¡Parece imposible!

—Así es, mi general. Yo mismo examiné su documentación al extenderle el permiso de libre circulación esta mañana.

—Por fortuna nos han avisado inmediatamente. No creo que ese hombre haya tenido tiempo de enviar mensaje alguno.

—Quizás lo intente esta noche. ¿Dónde está ahora?

—En el laboratorio. Estábamos revisando juntos unos cálculos.

—Creo conveniente que regrese usted con él cuanto antes,

señor. Estando con usted no tratará de averiguar más de lo debido. Y probablemente el agente Marsh regresará por la mañana. Washington indica que se le vigile discretamente para no hacerle concebir sospechas. Creo que no resultará tarea demasiado difícil. Dispondré una guardia en torno a su habitación para impedirle comunicación alguna durante la noche con el exterior.

—De acuerdo, comandante. Acuse recepción del mensaje e indique que se cumplirán las instrucciones al pie de la letra.

* * *

A las cuatro de la madrugada llegaba el agente Marsh a la puerta principal de los laboratorios. Inmediatamente fue recibido por el comandante Parker, quien le condujo a su oficina.

—Parece que esta noche se duerme poco, ¿verdad, comandante?

—¡Cómo iba a hacerlo conociendo la presencia de un espía entre nosotros!

—Iré ahora mismo a detenerle. Procure no quitarle la vista de encima en ningún momento; hemos de evitar por todos los medios que intente quitarse la vida. Nos interesa conocer cuanto sepa.

—Entendido. Cuando usted disponga.

Los dos hombres se dirigieron en silencio al grupo de viviendas. Un centinela de los colocados por Parker para vigilar las maniobras del falso agente, les cortó el paso cuando se hallaban a pocos pasos de la casa. El comandante se dio a conocer y el paso quedó libre en el acto. Dave empuñó una pistola con la mano izquierda y tanteó en el pomo de la puerta con la derecha. Lentamente la hoja de madera se abrió mostrando el interior de la habitación en completa oscuridad. La respiración del durmiente orientó al agente en las sombras. Instantes después, encendida la luz por el comandante, pudieron contemplar el brusco despertar del espía al notar la fría superficie del arma apoyada en su garganta.

—Buenas noches amigo —saludó burlonamente Dave—, lamento haberte despertado así.

Houston contempló medio adormilado al que le hablaba sin comprender exactamente lo que ocurría.

—Quieren decirme qué significa...

—Comandante, registre sus ropas por si lleva algún arma escondida. Tú y yo —añadió— vamos a hacer un pequeño viajecito ahora mismo. Los jefes de Washington desean saber quién encomendó la misión de sustituirme.

La verdad de su situación pareció abrirse, camino repentinamente en su cerebro. Con una violenta contorsión trató de zafarse de la proximidad del arma, pero Dave, adivinando su reacción, le propinó un fuerte golpe con el canto de la mano libre, a la altura de la yugular y el falso agente quedó inmóvil tras emitir un ahogado estertor.

—Así nos dará menos trabajo —murmuró Marsh.

Entre los dos hombres procedieron a vestirle con las ropas que hallaron en una silba cercana. El registro de sus objetos personales no aclaró nada. Dave se hizo cargo de sus falsas credenciales de agente especial y procedió a esposarle con las manos a la espalda.

—Deje aquí un par de hombres mientras saludo al general Bradley. Mo lo voy a llevar a Washington enseguida. ¿Querrá tenerme preparado un coche para dentro de diez minutos?

El comandante asintió y Marsh abandonó al prisionero fuertemente custodiado.

CAPÍTULO IV

El foco de luz daba de lleno en el rostro del falso agente hiriendo vivamente sus pupilas. Dave y el inspector Bruce, en mangas de camisa, sudorosos y con claras muestras de insomnio en sus semblantes, volvieron a la carga.

—Dinos de una vez el nombre del que te encargó el trabajo.

Houston movió débilmente la cabeza en un intento estéril de zafarse leí cegador resplandor, pero nada dijo.

El inspector llevó a un rincón a su subordinado y le murmuró al oído:

—Este tío es de hierro. Llevamos ya cinco horas de interrogatorio y no hemos conseguido nada.

—Y yo dos noches sin dormir. Oiga, jefe; ¿por qué no prescindimos de tanto protocolo y empleamos métodos de emergencia?

—Ya sabes que las leyes de ciudadanía no lo permiten.

—Pero eso es ridículo. Sabemos que es un espía y tenemos pruebas de ello; ¿qué nos importan sus derechos de ciudadanía?

El inspector pareció vacilar unos momentos.

—De acuerdo, Dave; quizás me cueste el puesto, pero has ganado.

Salió de la habitación donde se llevaba a cabo el interrogatorio y Dave, encendiendo un cigarrillo, dirigió una mirada furiosa al prisionero. Filosóficamente se encogió de hombros y apagó el foco. El espía acogió aquel cambio con un parpadeo de agradecimiento y alivio a la vez.

—No te hagas ilusiones, Houston. Hablarás por los codos dentro de unos momentos.

A los pocos minutos regresó el inspector acompañado de un hombre de mediana edad portador de una jeringuilla. Dave subió la manga del detenido, que no trató de resistirse. En breve se le

administró el inyectable y todos aguardaron en silencio. El doctor consultó su reloj y carraspeó ligeramente para atraer la atención de Houston. Luego, con voz clara y pausada, preguntó:

—¿Me oyes bien, Alfred Houston?

El interpelado pareció despertar de un profundo letargo. Por fin respondió con voz sin inflexiones:

—Sí, le oigo.

—¿Te llamas realmente así?

—Sí.

—¿Dónde has nacido?

—En Denver.

El doctor hizo una seña al inspector indicando que prosiguiera él el interrogatorio.

—¿Quién te ordenó que fueras al laboratorio de Las Vegas?

Sin ninguna vacilación, sin rebeldía, el interrogado respondió:

—Lou Garret.

Los policías cambiaron una mirada de satisfacción.

—¿Qué debías hacer allí?

—Sustituir a un agente del F.B.I. que había sido capturado y valiéndome de mi situación, apoderarme de los planos completos de la espoleta.

—¿Tú solo debías hacerlo todo?

—Sí. Guando me hubiera apoderado de ellos debía fingir un viaje a Washington y sacar así los documentos del campamento.

—¿Lou Garret es el jefe supremo?

—Lou es mi jefe, pero él recibe órdenes de otro.

—¿Sabes quién es ese otro jefe?

—No. Lou recibía, sus órdenes por escrito y después de leerlas, quemaba las cartas.

—¿Para qué nación trabajaba Lou?

—No lo sé.

Dave hizo un ademán al inspector y preguntó:

—¿Sabes de dónde procedían las cartas que Garret recibía con las instrucciones?

—De Washington. Vi el matasellos de una de ellas.

—¿Y la firma era un trazo rectilíneo, verdad?

—No lo sé.

Marsh se encogió de hombros indicando que no quería

preguntar nada más. El inspector denegó igualmente con la cabeza y ambos hombres salieron de la habitación dejando al prisionero en manos del doctor, que se apresuró a inyectarle un calmante.

Con la preocupación reflejada en sus semblantes, penetraron en el despacho de Bruce. Dave se dejó caer en un sillón suspirando.

—Estoy completamente agotado.

—Lo comprendo, muchacho, pero hay que hacer algo más antes de dormir. Atemos cabos: Lou Garret, obedeciendo las órdenes de un desconocido trata de apoderarse de los planos de esa espoleta. Mientras madura su plan hace fracasar las distintas pruebas a que el artefacto es sometido. Primer punto oscuro: ¿cómo iba a producir los distintos sabotajes si ningún extraño se acercó a las instalaciones ni al lugar de pruebas?

Dave movió la cabeza desalentado.

—Prosigo —indicó el inspector tras anotar en una cuartilla la pregunta que le había sugerido la cadena de sucesos—. Intenta luego apoderarse violentamente de los planos o simplemente probar la vulnerabilidad de la vigilancia, eso es cosa que no nos preocupa demasiado. Recibe entonces la noticia de que tú estás allí camuflado como químico ayudante. Segundo punto oscuro: ¿quién pudo descubrir tu personalidad?

De nuevo volvió a anotar esta pregunta.

—Entonces decide apoderarse de ti y suplantarte por uno de sus hombres convenientemente disfrazado con la falsificada documentación de agente secreto. Te comunica a ti sus planes, señal de que pensaba matarte al terminar todo esto, añadiendo que le bastarán muy pocos días para llevar a feliz término sus planes. Aquí hay dos preguntas a formular: ¿por qué no te mató en el primer instante? y ¿para qué iba a servirle el plano total de la espoleta si aún no están terminadas las investigaciones?

El inspector echó un vistazo a las preguntas que había anotado cuidadosamente y frunció el entrecejo.

—Bien, Dave, respóndeme tú libremente a estas preguntas como si te hallaras en el lugar de ese Garret.

Marsh leyó con detenimiento la hoja de papel que le pasaba su superior y repuso:

—La primera tiene una explicación: que el sabotaje fuera realizado por alguno de los que tienen libre acceso al laboratorio.

—Podría ser —sonrió el inspector—. Continúa.

—La segunda es para mí un completo enigma. Estoy dándole vueltas a lo mismo desde que me cazaron. La tercera...

Se detuvo unos instantes atascado en sus conclusiones.

—La tercera pudiera tener una respuesta —prosiguió el inspector—. Que el misterioso jefe tuviera especial interés en conservarte vivo, porque te necesitara como rehén o... por motivos personales.

—¿Cómo?

—No te excites, estamos en el camino de las hipótesis. Como rehén no creo que sirvieras de mucho, más bien serías un estorbo. Entonces, ¿qué motivos personales, llamémoslo así, podrían inducirle a conservarte la vida?

Da ve sacudió la cabeza con perplejidad. Sin inmutarse, el inspector añadió:

—Si admitiéramos la nueva hipótesis fácilmente podríamos llegar a la conclusión de que el único motivo personal para respetar la vida de un enemigo que nos persigue implacable, es el interés personal, el... amor, por ejemplo.

El agente se puso en pie de un salto al oír la deducción de su superior.

—Pero eso que insinúa es totalmente falso, no tiene base alguna. Es tanto como afirmar que el jefe, la cabeza rectora, es una mujer.

—¿Sería acaso la primera que se dedicara al peligroso juego del espionaje? Si fuera una mujer y estuviera en el laboratorio, el círculo de sospechosos quedaría reducido a la profesora Adams y a la profesora Joyce. Como Mrs. Adams es casada y ya entradita en años, nuestras miras recaerían únicamente sobre Brenda Joyce.

Dave miró a su superior con la respiración entrecortada, tratando de descubrir si las suposiciones que había escuchado eran simple broma. El semblante de Bruce estaba muy serio, nada en él revelaba humorismo de ninguna clase.

—Luego —prosiguió el inspector —queda la cuarta pregunta. La espoleta no está terminada por completo, faltan los planos concernientes a la última fase. Creo que ahí está la clave, muchacho. Si el jefe decidió apoderarse de los planos sin aguardar a que se realizara esta última fase, es porque él sabe, o ella sabe —

aclaro—, que podrá terminarlos por su cuenta y teniendo presente las deducciones anteriores, nos bastará preguntar al general Bradley la situación actual de las investigaciones para tener el nombre de nuestro sospechoso ideal.

Marsh dejó escapar su resuello con un ruido parecido al de una locomotora.

—Olvida una cosa, jefe. Las órdenes procedían de Washington y su sospechoso está en Las Vegas.

—No seas inocente. Estoy por asegurar que Garret no es más que un peón. Él recibe las instrucciones a través de un enlace que a su vez las recibe directa o indirectamente del jefe supremo. De esta forma nadie puede relacionar la cabeza directora con su ejecutor, caso de que se descubriera el lío.

Un zumbido interrumpió las explicaciones de Bruce. Conectó el intercomunicador y la voz del operador de la centralita, anunció:

—Le llaman de Las Vegas, inspector.

—Gracias. Póngame la comunicación.

Conectó una palanquita adosada al teléfono para que Dave pudiera escuchar la conversación por el altavoz del intercomunicador y descolgó.

—Inspector Bruce al habla. ¿Dígame?

—Aquí Cuningham, inspector. Mis hombres han capturado ya al hombre que nos indicó. Se resistió y hubo que disparar.

Dave no pudo reprimir una maldición al escuchar lo último.

—¿Le han matado? —preguntó Bruce.

—Está muriéndose, no creo que dure más de cinco o diez minutos.

—Han de lograr una información. ¿Puede hablar?

—Creo que sí.

—Pregúntenle quién era la persona que le enviaba las órdenes desde Washington. Aguardo al teléfono tu respuesta.

Transcurrieron unos minutos de febril ansiedad. Dave y el inspector cambiaron una mirada de inquietud y desesperación al mismo tiempo.

—Oiga, inspector.

—Diga, diga.

—Ha muerto ya. No pudimos arrancarle nombre alguno. Si le sirven de algo sus últimas palabras. Fueron: mejor hubiera sido

matarle.

—Bien, encárguense ustedes de todos los formulismos. En el atestado hagan constar que estaba en complicidad con una banda de espías. Pero no le den publicidad al hecho.

—¿Algo más, inspector?

—Nada más.

Bruce colgó el teléfono con gesto de abatimiento.

—Ha habido mala suerte, muchacho. Solo tenemos una pista, aparte de nuestras sospechas. La carta que encontraste en la casa de Garret.

—Verdaderamente no me parece una pista demasiado sólida. Por ella únicamente averiguaremos el distrito donde fue depositada, pues papel y máquina son del modelo corriente.

—Ya lo sé. Pero habrá que explotar esa pista hasta el final. Encargaré a otros el cometido. Tú vete a descansar que bien lo necesitas.

—Creo que voy a dormir veinticuatro horas seguidas. Si me necesita estaré en casa o con Liz.

—De acuerdo. Creo que el investigar todo lo concerniente a esa carta nos llevará un día por lo menos y entretanto solicitaré del general Bradley la información relativa a los planos de la espoleta. Ya te avisare si hubiera algo nuevo.

Dave saludó con la mano a su superior y abandonó el despacho. En la calle parpadeó deslumbrado por el sol del atardecer y pensativo se acarició la mejilla, áspera por la falta de afeitado. Detuvo un taxi y al conductor le dio la dirección de su domicilio.

* * *

Marsh despertó a mediodía del día siguiente y aquel merecido descanso pareció llenar de energías su cuerpo. Se afeitó con cuidado y después de ducharse y vestirse, llamó al inspector Bruce. En el departamento le dijeron que había salido y que no había dejado recado alguno para él. Suponiendo que todo seguiría igual, decidió ir a casa de Liz; la muchacha no conocía su presencia en la ciudad y estuvo tentado de llamarla por si había salido, pero juzgando por la hora que estaría a punto de comer, dedujo que, como tenía costumbre, estaría en su piso. Y sin más dilación el tiempo

empleado en comprarle una caja de bombones en una bombonería cercana a su domicilio, tomó un taxi y dio la dirección de la muchacha.

Con el corazón alegre por la entrevista que se avecinaba, gozando de antemano con la sorpresa de Elizabeth, pulsó el botón del timbre. Segundos después se abrió la puerta del piso recortándose en el umbral la exquisita silueta de la muchacha. Dave sonrió abiertamente e iba a abrazarla como tenía por costumbre, cuando notó una vacilación en su figura al tiempo que una intensa palidez invadía sus mejillas.

—Liz, cariño, ¿qué te ocurre?

La joven no respondió. Se recostó en el marco de la puerta reprimiendo con mano temblorosa el grito que amenazaba surgir de su garganta.

—Pero, nena, ¿estás enferma? —preguntó el agente cada vez más asustado.

Como la muchacha no respondiera, Dave la tomó en sus brazos, cerrando la puerta con el pie. Apresuradamente se dirigió al saloncito del piso y la tendió amorosamente en el diván. Con extrema suavidad le palmeó las mejillas, mientras le preguntaba:

—¿Qué tienes? ¿Quieres que llame al médico?

—No..., no hace falta —pudo por fin responder Liz con un hilo de voz.

Dave buscó en el bar hasta hallar una botella de *whisky* y escanció tres dedos en un vaso.

—Anda, tómate esto y te sentirás mejor.

Obedeció la joven mecánicamente y tras unos segundos el color volvió de nuevo a sus mejillas.

—¡Menudo susto me has dado! ¿Qué te ocurrió?

—Ha debido ser la emoción de verte de forma tan inesperada —explicó mientras se incorporaba.

Dave besó ligeramente a la muchacha en los labios, sonriendo aliviado.

—No esperarías que fuera a estar de viaje toda la vida...

—No es eso, Dave, es que... creí que aún estabas en Las Vegas y...

Marsh no oyó el resto de la frase. La explicación de Liz produjo en su cerebro el efecto de una bomba. ¡En Las Vegas! ¿Cómo sabía

ella que él estaba allí? Estaba seguro de no haberlo dicho, pues su misión era totalmente secreta.

—Dave, querido, ¿no me escuchas?

El agente pareció despertar de un sueño.

—Sí, claro, nenita, ¿Has comido ya?

—Ahora me disponía a hacerlo.

—¿Tienes comida para un pobre hambriento o prefieres que vayamos a un restaurante?

—No me gusta ir a los restaurantes. Si aguardas diez minutos, prepararé menú para los dos.

Dave asintió maquinalmente mientras ella se alejaba hacia la cocina. A su mente volvieron sus palabras pronunciadas el día anterior por el inspector: «...el único motivo para respetar la vida de un enemigo que nos persigue implacable es el interés personal o... el amor». ¡¡El amor!! Liz le amaba, Liz vivía en Washington, Liz no podía sostener aquel pisito con su único sueldo de mecanógrafa, Liz, en fin, sabía que él estaba en Las Vegas. Todo este tumulto de pensamientos se entremezclaron bruscamente en su cerebro, ocasionándole súbita depresión. Pero casi al instante reaccionó, ¡qué estúpido era! ¿Cómo podía relacionar a Liz con la banda de espías? Decididamente estaba tan compenetrado con aquel lío que creía descubrir enemigos por todas partes. ¿Liz espía? Estuvo a punto de soltar una carcajada. ¿Cómo podía haber llegado a aquella estúpida conclusión?

La voz de la muchacha le llegó algo apagada desde la cocina.

—Dave, cariño, ¿vas a estar mucho tiempo aquí?

—Pues no lo sé. Quizás tenga que marcharme hoy mismo o quizás me quede hasta la semana próxima. ¿Por qué?

—Simplemente para saber cuánto tiempo voy a poder disfrutar de tu compañía. Desde que te encargaron esto último, te echo mucho de menos. En quince días solo te he visto unas horas.

Dave sonrió. Decididamente aquella misma tarde le propondría que se casara con él. Recordó que en la visita anterior, cuando solo dispuso de unas horas, habíase propuesto pedirselo ya... La visita anterior. Trató de recordar con detalle de lo que hablaron aquella tarde. Estaba dispuesto a jurar que no mencionó para nada en su conversación el nombre de la ciudad donde estaba destacado. De nuevo le asaltaron las dudas; había ocurrido además aquel

inesperado desmayo cuanto ella abrió la puerta. ¿Por qué le impresionó tanto su presencia? Trató de imaginar cómo hubiera reaccionado otra muchacha cualquiera en el lugar de Liz; lo lógico hubiera sido que ella expresara gran alegría, nunca susto o miedo. ¡Miedo! Eso era lo que revelaba su cara de Liz al verle.

Nerviosamente encendió un cigarrillo y consultó su reloj de pulsera.

—¿Tienes prisa, querido? —preguntó Liz en aquel comento entrando en el saloncito con dos fuentes en sus manos.

—No. He quedado citado con el inspector después de comer.

—¿Me vendrás a buscar a la oficina?

—Claro que sí. Iremos al cine y después a bailar, ¿Te parece bien?

La muchacha le dedicó un gracioso mohín de asentimiento.

—Ahora a comer, has dicho que tenías un hambre atroz.

* * *

Dave llegó al edificio del F.B.I. a las tres y quince minutos. Había dado un paseo desde el domicilio de Liz hasta allí con el fin de darle vueltas a la sospecha que taladraba incesantemente su mente, y su preocupación iba en aumento.

Al penetrar en el despacho de su superior trató de aparentar una expresión más alegre, pero no debió quedar demasiado convincente porque tras los saludos de ritual, el inspector observó:

—¿Ocurre algo, Dave? Pareces preocupado.

El agente trató de desviar la conversación, preguntando:

—¿Han averiguado algo nuevo?

—La pista del sobre nos ha conducido directamente a la central de Correos. La carta fue depositada allí. Respecto al general ha prometido enviarme el extracto del memorándum en clave esta misma tarde.

Dave no oyó el final. La carta había sido depositada en la Central de Correos. Él sabía que Liz tenía esa costumbre. Muchas veces él le había advertido que los buzones de los postes de las calles eran más cómodos y cumplían a la perfección su misión; pero ella siempre arguyó que así tenía la seguridad de que la carta que echaba llegaría a su destino.

—Bueno, muchacho, será mejor que te sientes y me lo cuentes todo.

Marsh se sobresaltó al escuchar la voz del inspector. Maquinalmente obedeció, encendiendo un cigarrillo.

—¿Te has peleado con Liz?

—¿Liz? —El nerviosismo del agente era evidente—. ¿Por qué la nombra?

El inspector sacó del cajón de su mesa de despacho una botella aplastada, y dos vasos.

—Echa un trago y cuéntame lo que ha ocurrido desde que llegaste a su casa.

—¿Lo sabe usted ya? —murmuró Dave.

—¡Condenación! ¿Cómo lo voy a saber y qué es lo que tengo que saber? ¿Quieres hablar de una vez?

Dave inclinó la cabeza hacia el respaldo del sillón y con voz monótona, como el niño que recita su lección en el colegio, refirió al inspector cuanto había sucedido desde que pulsó el timbre del piso de la muchacha. Luego le hizo partícipe de sus sospechas, terminando por exponerle las dudas qué le asaltaban.

Nada dijo el inspector mientras duró el relato. Al terminar se sucedió un intenso silencio, que fue roto por un suspiro de Bruce.

—Bien, muchacho —su tono era cariñoso, casi paternal—. En realidad, no hay pruebas de lo que dices. Todo esto es una mera teoría que a lo mejor se desmorona en cualquier instante, pero creo que vale la pena de tenerla en consideración. Yo comprendo tu punto de vista a la perfección. Sería muy doloroso para ti el saber acertado, pero si ésa fuera la solución de este asunto...

—Lo comprendo, inspector. De todas formas no podría vivir tranquilo si la duda persistiera en mi ánimo.

—Encargaré a Tom este asunto. No creo que quieras resolverlo tú mismo...

—En realidad me pertenece, pero no me considero con fuerzas para ello. Si llegaran a confirmarse nuestras sospechas... no podría detenerla.

—Vamos, Dave, ámate un poco. No hay que ver las cosas tan negras.

A pesar de que el tono del inspector quería ser festivo, dejaba traslucir la preocupación que aquella faceta del caso le producía.

—Creo que lo mejor será que vuelvas a Las Vegas cuanto antes. Diviértete esta tarde y venme a ver hacia las ocho. Y sobre todo no pienses más en esto.

El inspector acompañó a su subordinado hasta la puerta del despacho y le despidió con una afectuosa palmada en la espalda. Apenas se vio solo, Bruce requirió por el intercomunicador la presencia de Tom Sheprerd, otro agente de la plantilla, compañero de estudios de Dave. Segundos después, la puerta se abrió para dar paso a aquel.

—¿Me llamaba, jefe?

—Sí, entra y siéntate.

El inspector contempló unos segundos con atención el rostro del agente.

—¿Conoces a la novia de Dave?

—No, no he tenido ocasión de verla nunca.

—Pues es una verdadera monada, como podrás comprobar esta misma tarde. Has de vigilarla día y noche, controlándola en todo instante. Mantén un servicio de escucha para las conversaciones telefónicas que sostenga en su casa y en la oficina y cada vez que vaya a Correos a echar una carta procura fijarte bien en las señas del destinatario. En el momento en que la veas dispuesta a echar una carta para Las Vegas, me lo comunicas sin demora de ninguna clase, ¿entendido?

—Sí, jefe, pero...

—Sin preguntas. Espero información por la mañana y por la noche. Si sucediera algo anormal, avísame sea la hora que sea. No hará falta que te diga que ella no debe advertir absolutamente nada. Aquí tienes las señas de su casa —consultó en una libreta de notas y transcribió a un papel— y las de la oficina, con los correspondientes números de teléfono. Quiero la primera información esta misma noche.

Tom saludó a su superior y abandonó rápidamente el despacho para ir a cumplir sus órdenes.

* * *

Liz apretó mimosamente el brazo de Dave mientras caminaban juntos por el West Boulevard.

—Soy la muchacha más feliz del mundo teniéndote a mí lado —murmuró.

—Por mí parte puedo decir que noto envidia en todos los rostros masculinos que nos contemplan. ¿Tomamos algo?

—No, prefiero pasear. ¿Te importa?

—En absoluto. Desgraciadamente no podremos llevar a cabo el plan que trace en tu casa. Debo presentarme al inspector a las ocho y quizás tenga que marcharme de viaje otra vez.

Liz hizo un gesto de disgusto.

—¿Por qué no pides un cambio de servicio? Un empleo en la ciudad...

—No, querida, debo obediencia plena a mis jefes y cumpliré cuanto me ordenen sin rechistar aunque me disguste.

—Pero, Dave, tú no comprendes la terrible angustia que yo paso sabiendo que estás en constantes peligros, ignorando si estarás vivo o muerto en ese instante...

Dave acarició ligeramente la mano femenina que se apoyaba en su brazo.

—Las mujeres de los policías han de ser muy valerosas, recuérdalo y piénsalo.

—¿Qué quieres decir, Dave? —murmuro Liz con un brillo de alegría en sus bellas pupilas.

—Todavía nada. Pero te ruego que pienses en ello para poderte hacer una pregunta que deseo formular hace mucho tiempo, cuando vuelva de permiso.

La muchacha apoyó la cabeza en el hombro del agente y Dave sintió la tentación de comunicarle sus dudas, de que ella le convenciese del error en que había caído movido por el nerviosismo de las últimas jornadas. Iban a cruzar la calle y al volver el rostro bacía su izquierda para comprobar si tenían paso libre, acertó a ver a Tom Shepperd que aparentaba contemplar un escaparate. El inspector había puesto en práctica su plan. Aquello le contuvo; mejor sería no alarmarla sin necesidad si era inocente. Al fin y al cabo, nada iba ella a notar que la hiciera sentirse vigilada.

CAPÍTULO V

El inspector Bruce saludó cordialmente a Dave cuando le vio entrar en su despacho. Le hizo sentar inmediatamente, invitándole a fumar. Extrajo luego del cajón central de su mesa una larga carta, al tiempo que decía:

—Ya está aquí el informe del general Bradley, muchacho. La lista de sospechosos se reduce. Expliqué al general nuestras deducciones, centrando su atención en lo referente a la fase final de la espoleta del cual no están aún hechos los planos. El general me ha respondido que en esta fase final colaboran estrechamente la profesora Adams, la profesora Joyce, y los ingleses Finley y Stewart, bajo su inmediata supervisión. De forma que podemos prácticamente eliminar de nuestra lista a Brewster, Sandguist y naturalmente al propio general Bradley.

—Finley y Brewster se encargan de ajustar la espoleta en la bomba instantes antes del lanzamiento.

—Lo sé, Dave, y no pienso olvidar este punto, pero sigo creyendo que el sabotaje se lleva a cabo en tierra durante el transcurso de esa fase final. Por otra parte, pronto saldremos de dudas. El general me ha anunciado que todo está dispuesto para realizar, una nueva prueba de la bomba a finales de semana. Mañana se iniciará el ciclo final y solamente pueden permanecer en el laboratorio para llevarlo a cabo el general, las dos profesoras americanas y los dos ingleses. En esta ocasión estarás tú también. Abre bien los ojos y si es preciso duermes junto a la bomba, pero atrápame al director de todo este lío.

—De acuerdo, jefe.

—Respecto a Liz no te preocupes. Te tendré al corriente de cuanto ocurra. Tom no le quita ojo.

—Ya lo he visto —comentó con pesadumbre el agente.

El inspector le dio unas palmaditas amistosas en la espalda.

—Vamos, Dave, alegra un poco esa cara. Hay un avión esperándote en el aeropuerto. En Las Vegas te aguardará un coche militar. Llévate el informe del general y léelo durante el viaje para estar más al corriente de cuanto ha de ocurrir. En esencia es lo que te he contado.

—Espero poderle dar buenas noticias en breve.

—Si necesitas ayuda telegráfame desde el laboratorio usando la clave que te proporcionará el comándame Parker. De todas formas si no has logrado nada antes del día de la prueba, enviaré más gente para que vigilen estrechamente a todo ese grupo de sabios, incluyendo a los que viajan en el avión.

Ante la puerta del edificio aguardaba ya al agente uno de los coches oficiales que a velocidad meteórica, haciendo ulular la sirena en demanda de libre circuición, le condujo al aeropuerto de la capital federal. Un «DC-4» le aguardaba, tal como anunció el inspector, y en pocos minutos, ganada la altura precisa, dirigía su plateada proa hacia Las Vegas.

* * *

Tom Shepperd contempló con mirada aburrida el edificio donde vivía Liz. Consultó su reloj: eran las once de la noche y probablemente la muchacha no pensaba salir. Cruzó la calle y se metió en un bar de puertas vidrieras desde cuyo interior podía contemplar con entera perfección el portal de la casa cuya vigilancia le había sido encomendada. Pidió un café en la barra y mientras se lo servían decidió llamar a los que controlaban el teléfono de la joven.

—¿Alguna novedad? —preguntó después de darse a conocer.

—Recibió una llamada hace unos minutos, que no parece tener nada de particular. Está grabada en cinta magnetofónica, como es lógico. A continuación llamó ella a nuestra central preguntando por Dave y pareció extrañarse cuando le dijeron que no estaba. Preguntó después por el inspector, que tampoco estaba, y dijo que volvería a llamar.

—¿Esa llamadita sin importancia fue hecha por hombre o mujer?

—Un hombre, dijo que era su hermano. Ella le preguntó por su

tía no sé cuántos y él contestó que seguía bien pero que se había trasladado de domicilio.

Tom quedó unos instantes pensativo calculando la importancia que pudiera tener tal llamada y por fin decidió:

—Sacadme una copia de esa llamada y mandadla a la central; yo iré allí enseguida. Dile a Robert que venga a relevarme inmediatamente. Estoy frente a la casa, en un bar.

—De acuerdo, Tom.

Minutos después, mientras saboreaba el café, vio entrar a Robert. Éste fingió no conocerle y sentándose a una mesa cercana a un ventanal desde el que divisaba la casa vigilada pidió una consumición. Tom pagó su café y salió del bar.

Un taxi le dejó frente al edificio del F.B.I. Directamente se dirigió al despacho del inspector, que ya había sido avisado de su visita.

—Acaban de traer el carrete. He esperado a que llegaras para oírlo.

—Gracias, jefe. En realidad no espero sacar nada en claro de él, paro como usted me recomendó tanto los detalles, prefiero no dejar ningún cabo suelto.

El inspector asintió mientras colocaba el carrete de la cinta magnetofónica en el aparato. Al principio escucharon un pequeño zumbido, luego el ruido de un aparato telefónico al ser descolgado y la voz de Liz preguntando:

—¿Diga?

—Liz, soy Matthew...

—Hola, hermanito. ¿Qué ocurre?

—Nada, no te asustes. Tía Evelyn sigue bien, pero no contestará a tus cartas porque ha cambiado de domicilio.

—¿Por qué?

—No le sentaban bien aquellos aires. Y tú, ¿qué tal estás?

—Como siempre.

—¿Y tu novio?

—Hoy le he visto, pero creo que se marcha de viaje en seguida.

—Ese muchacho es incansable. Bueno, Liz, tengo hacer unas visitas. No escribas hasta que tía Evelyn no te de la nueva dirección, porque tus cartas no llegarían y no te preocupes por nuestros asuntos, todo marcha viento en popa aunque ahora es cuando hay

que ir con más cuidado. Creo que esta misma semana quedará todo solucionado.

—Cuida bien a tía Evelyn.

—No te preocupes, corre de mí cuenta.

De nuevo el ruido de un auricular al ser colgado y, así finalizaba la conversación. El inspector miró dubitativo al agente.

—No sé qué decirte, Tom. Si fuera cierto lo que sospechamos de la muchacha, dándole doble sentido a la conversación todo casaba admirablemente. Pero si la chica es inocente, nada anormal revela la grabación.

—Hay un detalle, jefe. Si el hombre que llama es su hermano podemos deducir de la conversación que no vive en Washington puesto que le da noticias recientes de esa tía Evelyn que habita en otro lugar. ¿No es lógico, pues, que sea otra la clase de alegría que experimenten ambos al hablarse? Observe además que nada han dicho de verse a pesar de que el hermano daba a entender que se iba a marchar pronto.

—De acuerdo, Tom. Pero a esas deducciones llegas basándote en que la chica es culpable. Necesitamos algo más que vaguedades.

—Conforme, jefe. Seguiré vigilando.

Iba a abandonar el despacho de su superior, cuando el zumbador anunció una llamada telefónica. Tom, movido quizás por un secreto impulso, permaneció a la expectativa sin decidirse a hacer girar el pomo de la puerta de salida. El inspector, sin darse cuenta de su presencia en el despacho, descolgó el auricular.

—Inspector Bruce al habla.

—...

—Bien, no te muevas de ahí. Tom y yo vamos enseguida.

Colgó el auricular al tiempo que se ponía en pie.

—¿Ocurre algo, jefe?

—Date prisa. Hemos de ir a casa de esa chica.

Ya en el coche oficial, que les aguardaba en la puerta. Bruce aclaró:

—Llamó Robert. La chica salió a los pocos momentos de irte tú. Robert, la siguió a prudencial distancia, pero debió darse ella cuenta porque regresó inmediatamente a la casa. Debió llamar por teléfono a alguien, eso lo sabremos después por el control de llamadas. Minutos después se detuvo un coche a la puerta de la casa

y descendió un individuo camuflado con gabardina y sombrero: mientras cerraba el coche observó disimuladamente la calle y penetró en el interior del edificio.

—¿Y cómo sabe Robert que fue a verla a ella?

—Ha visto la sombra de los dos recortada en una ventana de su departamento. En realidad creo que me dejó llevar un poco de las corazonadas y que la culpa la tienes tú, pero ya que nos hemos embarcado en conjeturas llegaremos hasta el fin.

El automóvil se detuvo frente al bar, donde se realizó el relevo mudo de los agentes. En la puerta estaba Robert, que sin hablar les señaló una ventana iluminada en el edificio frontero. El inspector indicó a Tom que llamara al control del teléfono para saber si efectivamente la presencia del desconocido en el piso se debía a iniciativa de Liz.

—Minutos después salía del bar el agente, que se apresuró a explicar:

—Efectivamente, hizo una llamada hace unos quince minutos.

—Después de regresar del paseo —aclaró Robert.

—La llamada era a su hermanito Matthew rogándole que fuera a verla esta noche a la mayor brevedad porque creía haber hallado un buen remedio para su tía Evelyn.

—La verdad —explotó el inspector—, esa tía Evelyn me huele a chamusquina. Robert, acércate al coche de ese individuo y échale un vistazo.

El aludido se apresuró a obedecer. Al poco regresó con la sonrisa en los labios.

—La patente del coche está a nombre de Martín Lynu, de Los Ángeles.

—Eso no nos soluciona nada, podrían habérselo prestado. Si pudiéramos saber lo que están hablando... ¿Quién ocupa el departamento contiguo al de Liz?

—Un matrimonio recién casado —indicó Tom— ¿Te has fijado si han vuelto, Robert?

—No les he visto —respondió éste.

—¿Qué le parece, jefe, si me instalo unos momentos en el departamento contiguo y trato de enterarme de algo a través del tabique?

—Eso estaba yo pensando, pero no es un método muy legal que

digamos.

Tom se encogió de hombros.

—Avísenme si ven volver a los ocupantes del piso. Estas casas modernas tienen los tabiques muy delgados y con ayuda de una copa que tomaré prestada de la cristalería de esa pareja de tortolitos, espero si no oírlo todo, por lo menos enterarme de alguna cosa.

El inspector se cruzó de brazos, indicando:

—Tres silbidos cortos será la señal de que vuelven los ocupantes del piso.

Tom inclinó la cabeza en señal de asentimiento y cruzó la calle, desapareciendo en el portal de la casa.

Sin utilizar el ascensor para que el sonido del motor no le delatara, llegó hasta el rellano en el que se abrían las puertas de los dos pisos. Con una ganzúa que extrajo de su bolsillo, franqueó la entrada del ocupado por la ausente pareja y dejando entornada la puerta para poder salir con mayor facilidad, se dirigió a la parte delantera del piso, procurando no tropezar en la oscuridad con los muebles. Por la disposición de las habitaciones dedujo que la inmediata al saloncito del piso contiguo era un dormitorio situado a su izquierda. Perdió unos segundos en hallar el anaquelel donde los ocupantes del piso guardaban la cristalería. Por fin, provisto de una delgada copa de champaña, regresó al dormitorio. Al acercarse al tabique fronterizo le asombró el tono de voz con que se desarrollaba la conversación entre Liz y el desconocido. Probablemente estaban discutiendo y en el calor del diálogo hacían olvidado que alguien pudiera escucharles. Sin perder más tiempo aplicó la copa a la pared y procurando no moverse para que el ruido por él producido no le impidiera la audición, escuchó atentamente.

—... que me llamas, te repito.

Era el hombre quien había hablado.

—Pero has de comprenderlo. Estaba nerviosa por el cambio de domicilio y salí a dar una vuelta. Sospeché que me seguían y ante esa duda regresé para llamarte.

—Tía Evelyn no debió fiarse tanto de ti, Liz. Si realmente te seguían habrán interceptado el teléfono y yo también me habré convertido en sospechoso. ¿De qué hablaste con Dave?

—Ya te, he dicho que únicamente de nuestras cosas. Él fue quien me dijo que tendría que marcharse de nuevo.

Hubo una pausa. Tom escuchó los pasos del hombre sobre el parquet. Luego la voz de la muchacha algo asustada.

—¿No pensarás que yo os he delatado, verdad?

De nuevo el silencio como respuesta. Tom empezó a notar un hormigueo en todo el cuerpo. Su instinto avisaba de que algo anormal iba a suceder.

—Piensa, Matthew, que yo pierdo tanto como vosotros si esto se descubre.

—¿De veras? Tu novio es policía y los jurados alumbran a ser benevolentes con los que se arrepienten a tiempo.

—Será mejor que emplee el recurso que me indicó tía Evelyn. Me marcharé a Méjico y allí os aguardaré. Al fin y al cabo mi trabajo ha terminado.

—Tú no irás a ningún sitio por ahora...

Tom captó claramente el tono de amenaza que translucían estas palabras y luego los pasos del hombre más lentos, seguidos de un gemido ahogado de la muchacha. No esperó a oír nada más. Precipitadamente, sin importarle ya ocultar su presencia, buscó la salida del piso. Estaba frente a la puerta del departamento de Liz cuando percibió el grito; un verdadero alarido de dolor, y miedo casi infrahumano. Sin pensarlo dos veces extrajo la pistola de la funda sobaquera al tiempo que oprimía frenéticamente el pulsador del timbre. Nadie respondió a su llamada. Tom oyó cómo se abrían otras puertas y murmullo de conversaciones alarmadas. Los vecinos también habían escuchado el grito de Liz. Luego unos pasos precipitados que subían la escalera le indicaron que sus compañeros venían en su ayuda. Probó la ganzúa en la cerradura de la puerta, pero las manos le sudaban y no conseguía hacer girar convenientemente el delgado acero. Trató de serenarse y volvió a introducir el instrumento en la cerradura.

—Aprisa, Tom.

Era la voz del inspector Bruce. No se volvió a mirarle. Con la frente bañada en sudor, notaba cómo le resbalaba entre los dedos la extremidad de la ganzúa. En un arrebato de ira dejó caer la pistola al suelo y usó las dos manos. Un chasquido y la puerta se abrió. Tom, sin pensar en el peligro que corría, la impulsó con el hombro,

y de la oscuridad del vestíbulo brotaron unos fogonazos. El cuerpo del agente se retorció sobre sí mismo, al tiempo que tres rosetones de sangre se abrían en su pecho. El sonido de los disparos resonó enormemente ampliado en el pequeño rellano; de los pisos inferiores llegó un aullido de terror. El inspector Bruce y dos agentes que con él habían acudido al oír el grito de Liz, se dejaron caer al suelo al ver brillar los fogonazos. Desde esa posición, sin protección alguna, abrieron fuego en dirección al vestíbulo. Una cortina de balas cubría la zona, pero nadie respondió a la descarga. Ningún signo de vida animaba la oscuridad que mostraba la abierta puerta, en cuyo umbral, trágicamente doblado sobre sí mismo, reposaba el cuerpo de Tom.

El inspector calculó la distancia que le separaba de la pared y sin soltar la pistola rodó sobre sí mismo en busca de protección. Unos segundos después, trataba de imitarle uno de sus hombres, pero un disparo detuvo su acción. El otro agente descargó la pistola hacia donde vio brillar el fogonazo y de nuevo un silencio, solo interrumpido por gritos histéricos de los vecinos que desde otros rellanos trataban de adivinar lo que ocurría, se adueñó de la escena.

Bruce se mordió los labios furioso. Eran superiores en número, pero estaban impotentes ante la situación privilegiada de su enemigo. Nuevamente se oyó el ruido de pasos precipitados en la escalera. El inspector adivinó que subía el resto de sus hombres y alzando la voz gritó:

—¡No subáis hasta aquí! ¡Avisad a los bomberos y cogedle por la ventana!

Los pasos se detuvieron. Habían comprendido la orden y se disponían a ponerla en práctica. Bruce sabía que los minutos que tardaran los bomberos en llegar allí iban a ser decisivos. El homicida solo tenía dos caminos: rendirse al encontrarse entre dos fuegos o abrirse paso a tiros por la posición más débil, el rellano donde le aguardaban dos hombres sin protección alguna. Sin perder de vista la puerta que se abría a menos de dos metros de donde él se hallaba, colocó un nuevo cargador en su pistola, luego avanzó muy lentamente, arrastrándose sobre los codos hacia el lugar de peligro. Se detuvo a menos de veinte centímetros del marco de la puerta y alargó el brazo hasta que el cañón de su pistola apuntó a la oscuridad y forzando la muñeca hizo tomar al arma una posición

ascendente y empezó a disparar en abanico. Entre, el fragor de sus disparos oyó el ruido que el asesino producía al cambiar apresuradamente de posición para alejarse de la ráfaga mortal. Aquellos segundos fueron aprovechados por el agente que aún permanecía tumbado en mitad del rellano: dando tumbos sobre sí mismo buscó la protección de la pared, tal como hiciera con anterioridad el inspector. Desde allí agitó una mano en dirección a su superior, para tranquilizarle.

Difícilmente podría ahora escapar Matthew por el rellano. Los policías vigilaban atentamente la puerta y su posición era mucho mejor. Bruce sabía que todo era ya cuestión de esperar.

Una sirena procedente de la calle, le notificó que los bomberos acababan de llegar.

—¡Entrégate, Matthew! Estás acorralado.

El silencio acogió las palabras del inspector. Este clavó sus uñas en la palma de la mano aconsejándose paciencia. Todo era cuestión de saber esperar unos minutos más.

Y de pronto sucedió lo que aguardaba, que pese a todo le pilló casi desprevenido. Durante una fracción infinitesimal de segundo tuvo la visión de un hombre que cruzaba la puerta del piso, lanzándose como un meteoro por la escalera. Oyóse un disparo, pero la bala no hizo blanco.

Como movidos por un mismo resorte, el inspector y el agente se pusieron en pie a la vez, corriendo hacia la cercana escalera. El policía, más ágil que su superior, no vaciló un segundo, lanzándose en pos del fugitivo. Bruce entró en el piso, saltando sobre el cuerpo de Tom y corrió hacia la parte delantera del mismo. Un culatazo rompió el cristal de la ventana, al tiempo que gritaba a los que abajo aguardaban:

—¡Se escapa por la escalera, Joe va tras él!

Luego regresó al rellano, bajando a toda velocidad por el camino en el que le precedían asesino y subordinado. Dos rellanos más abajo se detuvo con la respiración entrecortada. Atisbo por el hueco de la escalera, tratando de escuchar algún sonido que le indicara lo que ocurría, pero todo lo que consiguió oír fueron las conversaciones alteradas y los gritos de los vecinos. Siguió descendiendo y de pronto sonaron los disparos. Fue una especie de descarga cerrada. Luego, el silencio.

Cuando llegó a la calle, fue saludado por Robert.

—Le cazamos, jefe. Está muerto.

—¿Y Joe?

—Sin novedad.

Bruce suspiró hondamente y guardó su pistola mientras se abría paso entre el círculo de policías. Caído sobre un costado, sosteniendo aún con la mano derecha la pistola, se hallaba el cuerpo sin vida de Matthew, un agente se incorporó al divisar al inspector:

—No lleva encima más que una cartera con dinero y el permiso de conducción a nombre de Martin Lynn.

—Avisad a una ambulancia y seguid los trámites usuales. Robert, ven conmigo.

Ambos policías penetraron de nuevo en la casa. Esta vez tomaron el ascensor. Los dos silenciosos, apesadumbrados por las recientes escenas. Se detuvieron ante el cuerpo de Tom Shepperd. Robert trató inútilmente de descubrir algún signo de vida en su camarada. El agente caído en el rellano, estaba solamente herido en un costado. Robert volvió a bajar para requerir la ayuda de sus compañeros.

El inspector penetró cabizbajo en el piso. Descubrió el cuerpo de Liz caído tras el diván de la salita. Tenía un cuchillo clavado en el costado izquierdo entre la segunda y tercera costillas. Sus ojos, de ordinario tan bonitos, tenían, una expresión de terror que los hacía parecer desmesuradamente abiertos. Bruce le cerró los párpados y se levantó sacudiéndose las rodilleras del pantalón. Consultó pensativamente su reloj: eran las doce menos cinco minutos de la noche.

CAPÍTULO VI

El avión que conducía a Dave Marsh aterrizó en el aeropuerto de Las Vegas a las tres y media de la mañana. El propio general Bradley aguardaba al joven en la pista de llegada. Le estrechó efusivamente la mano, anunciándole:

—Tengo el coche ahí fuera. ¿Podemos marcharnos?

—Cuando usted quiera. ¿Cómo están los científicos?

—Todos sin novedad. Según parece, tienen ustedes una pista, ¿no es cierto?

—En realidad es muy vaga. Yo no lo calificaría aún de pista, es más bien una simple corazonada.

El automóvil se puso en marcha en cuanto ambos hombres tomaron asiento en su interior.

—¿Mañana empezarán la fase final?

—Así es. Queremos hacer la prueba definitiva el próximo viernes. Ya he avisado al Departamento de Guerra para que despejen el área de pruebas. Calculo que el jueves a mediodía quedará todo listo.

—Dos días y medio —murmuró Dave.

—Exactamente.

—Al terminar esta fase, durante la tarde del jueves y la noche del jueves al viernes, ¿la bomba permanecerá en el laboratorio?

—Sí. El comandante Parker en persona la vigilará. A primera hora del viernes será transportada en un coche blindado hasta un campo militar para trasladarla al avión que debe lanzarla. Desde ese instante se hallará bajo la jurisdicción de Finley y Brewster.

—¿La revisarán de nuevo antes de sacarla del laboratorio?

—No, todas las comprobaciones han sido realizadas con anterioridad.

—Entonces, si el sabotaje se llevara a cabo durante ese tiempo de espera...

—Nadie podría averiguarlo, pues si es de la clase que supongo, sería preciso realizar un análisis microscópico de la cubierta protectora de la espoleta.

—A menos que el saboteador lleve a cabo sus propósitos cuando la bomba haya salido del laboratorio.

—Sería preciso entonces que Finley y Brewster estuvieran de acuerdo y en ese caso ellos serían los culpables.

Dave calló unos instantes recapacitando las conclusiones a que habían llegado. Luego añadió:

—¿Qué instrumentos se precisan para destruir la capa protectora de la espoleta?

—No es preciso destruiría, basta con dañarla ligeramente. La presión del aire en el instante del lanzamiento hace el resto. Creo que con una simple lima de uñas bastaría. Un arañazo algo profundo en el material y la experiencia resulta un fracaso.

—Eso dificulta la vigilancia enormemente.

—En el caso de Finley y Brewster, no. Ambos emplean únicamente las manos, pues su labor se limita en ese caso a conectar los distintos extremos entre sí.

—Finley y Brewster serán estrechamente vigilados en esta ocasión por mis compañeros. Usted y yo tenemos que encargarnos de los cuatro que intervienen en el montaje final.

El general asintió y ambos se ensimismaron en reflexiones sin cruzar más palabras hasta llegar a la puerta de entrada de los laboratorios.

Tras saludar al comandante Parker, que le aguardaba levantado, Dave decidió descansar unas horas, pues le esperaban días de prueba.

* * *

Se disponía Dave a cruzar la puerta del laboratorio para aguardar allí la llegada de los científicos, cuando uno de los soldados de la dotación militar, tras saludarle, le entregó un pliego doblado.

—Es un mensaje de Washington, señor. El comandante lo ha traducido.

Dave desdobló el papel y se enfrascó en la lectura del

comunicado. Una intensa palidez cubrió su rostro al poco rato; en su frente aparecieron profundos surcos a medida que avanzaba en la lectura. Los brazos le resbalaron a lo largo del cuerpo cuando terminó el mensaje. ¡Liz había muerto! Había sido asesinada por aquellos para quienes trabajaba. Una garra helada pareció oprimir sus sienes, notaba rítmico el golpeteo de la sangre, quiso gritar, arrancarse pedazos de su cuerpo para paliar de algún modo el dolor sordo que atenazaba todos sus miembros. Como entre sueños, oyó una voz que le saludaba sorprendida, sus ojos descubrieron vagamente la figura de Brenda Joyce que le alargaba la mano. Él la estrechó torpemente, sin acertar a decir nada.

—¿Pero qué le ocurre, Mr. Marsh? ¿No me recuerda?

Dave la miró sin comprender exactamente el significado de sus palabras.

—Perdóneme —su voz era ronca—, estaba distraído.

Brenda le observó atentamente. Parecía envejecido.

—¿Cómo ha estado fuera tantos días?

Dave sacudió la cabeza con tristeza. Tenía qué sobreponerse: de él dependía el éxito de la misión. Amaba a Liz, por encima de todo, pero nada podía ya hacer por ella. Quizás si le hubiera hablado, si se hubiera confiado a él, estaría aún viva.

—Dave, está usted muy pálido. Le conviene tomar un cordial.

Se sintió cogido por el brazo y como un niño siguió a la muchacha sin darse cuenta exacta de lo que ocurría a su alrededor. Vagamente le pareció que entraban en el bar del campamento. La oyó hablar con el camarero y momentos después notó que tragaba un líquido que esparció una ola de calor por todo su cuerpo. Aquello le hizo reaccionar, le pareció volver súbitamente a la vida. Vio el rostro ansioso de Brenda mirándole muy cerca y maquinalmente apuró de un trago el contenido de la copa que le habían puesto entre las manos.

—Gracias, Miss Joyce. Estoy mejor...

—Debe haber trabajado demasiado estos días que ha estado fuera. ¿Por qué no descansa un poco?

—No, no es preciso, ya me encuentro bien.

Se dio cuenta de que conservaba arrugado entre los dedos el comunicado de Washington y lo guardó en el bolsillo de su chaqueta.

—Es mejor que volvamos al laboratorio. Hay mucho trabajo...

—Pero usted no está en condiciones de trabajar. Hablaré con el general.

—No, no se moleste.

Juntos regresaron al laboratorio sin cambiar palabra. Mostraron sus pases al guardián de la puerta y penetraron en el interior del edificio. El general Bradley salió a su encuentro.

—Lamento lo ocurrido, Marsh. Yo también he recibido un mensaje con las novedades.

Brenda miraba a los dos hombres sin comprender lo que ocultaban.

—General —dijo al fin—, creo que Mr. Marsh no está en condiciones de reanudar el trabajo. Hace unos momentos le encontré a punto de sufrir un síncope y...

—¡No hace falta que siga, Brenda! —la voz de Dave era dura, exenta de personalidad—. Yo sé perfectamente lo que he de hacer.

La muchacha se sonrojó y se alejó de ellos sin hacer más comentarios. El general pasó un brazo por los hombros del agente.

—Vamos a empezar inmediatamente.

—¿Quiere venir conmigo?

Se dejó conducir sin protestas hasta la mesa de pruebas. Stewart y Finley lo saludaron con un movimiento de cabeza. La profesora Adams le sonrió agitando una mano. Brenda no le miró siquiera: pareció absorta en unos cálculos trazados apresuradamente en una hoja de papel.

—Bien, amigos —anunció el general—, una vez más nos enfrentamos con la fase final. En esta ocasión, aunque resulte paradójico el repetirlo, no podemos fallar. Todo ha sido revisado minuciosamente para que el viernes por la mañana la prueba resulte un éxito.

Unos murmullos le cortaron. Finley indicó:

—¿El viernes? Me parece precipitado.

—El Gobierno desea resultados y no creo que retrasar la prueba nos de mayores seguridades de éxito. Ha sido dispuesta ya la zona donde estallará la bomba. Los técnicos se están ocupando de los últimos detalles concernientes a los aparatos que medirán la radioactividad. En esta ocasión el lanzamiento se efectuará sobre un poblado de madera habitado por figuras de cera. De esta forma

comprobaremos los efectos de la explosión sobre los seres y construcciones. Conviene, pues, que la fase que ahora comenzamos se lleve a cabo con rapidez y minuciosidad. El éxito depende en este instante exclusivamente de nosotros.

Ninguno hizo nuevas objeciones y el trabajo comenzó. Dave con un sobrehumano esfuerzo, se abstraigo de sus propios pensamientos, dedicando su atención al trabajo de los seres que le rodeaban. No se oía una sola conversación. Todos sabían cuál era su cometido y en él se enfrascaban.

El monótono zumbido de alternadores y motores eléctricos y las miríadas de lucecitas de los aparatos comprobadores atestiguaban el constante esfuerzo de cinco personas para lograr el éxito final. No, cinco no. Dave sabía que una de aquellas figuras de bata blanca era el agente enemigo: Pero, ¿quién? ¿Finley? ¿Stewart? ¿La profesora Adams?

Recordó las palabras de la muchacha, minutos antes. Su solicitud creyéndole enfermo. Su desabrida contestación impropia a todas luces. Se propuso pedirle disculpas en la primera ocasión. Ella no tenía la culpa de su dolor y él la había utilizado como válvula de escape en un impulso egoísta.

El general para no infundir sospechas, le había designado un lugar desde el que podía divisar perfectamente a las cuatro personas sometidas a observación. Dave simulaba comprobar las distintas partes de la espoleta, midiendo ángulos y distancias y llenando de cálculos hojas y hojas.

Sabía que solo la casualidad le haría descubrir, al misterioso agente de espionaje. Éste, conociendo su verdadera personalidad, no arriesgaría ninguna acción que pudiera delatarle y era tan sencillo, según le había explicado el general, realizar la maniobra que haría fracasar la prueba. Si una simple lima de uñas era suficiente para producir el efecto deseado, ¿qué no podría hacer con todo el moderno material que sin tasa podía usar en el laboratorio? Movido por aquella idea, se acercó al general, y en voz baja, mientras le mostraba una pieza del mecanismo para evitar sospechas dijo:

—El jueves, cuando quede todo listo, sería conveniente realizar una inspección detallada de la envoltura de la espoleta.

—Ya había pensado en ello. De todas formas, no lo podemos

hacer solos. Precisaremos la ayuda de todos ellos, aunque el análisis en sí pueda hacerlo yo.

—Bien. Puede alegar que se trata de una comprobación extraordinaria para salvar su responsabilidad ante el Gobierno.

—Así lo haré.

—El único que puede oponerse a ello es el que buscamos y no creo que se atreva.

—Desde luego, sería tanto como confesarse autor del sabotaje.

Dave volvió a su lugar de trabajo y prosiguió observando con disimulo a los científicos, mientras una y otra vez se repetía la misma pregunta: ¿quién?

A las once de la noche el general indicó que era conveniente retirarse a descansar. Durante todo el día se había trabajado sin cesar, con un lapso de una hora para comer; operación que se efectuó en el mismo laboratorio por acuerdo unánime, con el fin de perder el menor tiempo posible.

En la puerta del laboratorio, cuando se disponía a encaminarse a su alojamiento, Dave encontró al comandante Parker.

—Lamento lo de su novia, Marsh.

—Quizás haya sido mejor así —comentó el agente—. No hubiera sido capaz de detenerla.

—Lo comprendo. Voy a pasar aquí la noche para asegurarme de la inviolabilidad de esa dichosa bomba. He dispuesto una guardia cerrada en torno al laboratorio. Nadie podrá cruzarla, a excepción de usted.

—Me parece bien. Buena suerte.

Dave estrechó la mano del comandante y al volver la cabeza descubrió a Brenda, que ahuecando en gesto de cansancio su cabello, respiraba con fruición el fresco aire nocturno. Juzgando conveniente la ocasión, se acercó a ella y le preguntó:

—¿Cansada?

La muchacha pareció dudar unos instantes; luego respondió:

—Un poco.

—Miss Joyce..., yo quería suplicarle me perdonara por la brusquedad con que le respondí esta mañana. Estaba por completo fuera de mí y no supe lo que decía.

—No tiene que pedirme excusas.

Su tono era más dulce en esta ocasión.

—Todos estamos nerviosos estos días y comprendo que usted pasaba por uno de esos momentos.

—Es usted muy amable.

—¿Me acompaña? Voy a turnar un bocadillo al bar.

—Con mucho gusto.

Ambos jóvenes caminaron unos instantes en silencio.

—¿Regresará usted a Inglaterra tan pronto el Gobierno se haga cargo de los planos? —preguntó él.

—Esa es mi intención. A menos que me ordenen lo contrario. Y usted, ¿a qué se dedica normalmente?

—A investigación.

—En alguna empresa, sin duda.

—Pues sí, en una gran empresa norteamericana.

Penetraron en aquel instante en el bar y tomaron asiento a una mesita cercana a la puerta de entrada. Dave encargó unos emparedados y cerveza.

—Es curioso —observó la muchacha— la cantidad de personas que conocemos en la vida a quienes probablemente solo tratamos un corto espacio de tiempo sin volverlas a ver nunca más.

—Este es probablemente nuestro caso. Hoy estamos aquí los dos, tomándonos unos bocadillos con cerveza y dentro de ocho días nos separarán millas y millas de mar...

La muchacha sonrió tenuemente, mirando al agente.

—La verdad, Dave, me expongo a que me vuelva a contestar desabridamente, pero estoy realmente intrigada por esa expresión de tristeza que muestra en su rostro.

Marsh miró a su vez fijamente a Brenda, estudiando sus reacciones, mientras decía:

—Esta mañana, minutos antes de que usted me encontrara, recibí la noticia de la muerte de la persona a quién más quería en el mundo.

La joven denotó pena y asombro a la vez en su semblante. Tras una pausa, musitó:

—Lo siento... Lo achaqué al trabajo y mi intención era distraerle...

—Y yo se lo agradezco, Brenda, muy de veras.

La muchacha comió en silencio y Dave se dijo mentalmente que precisaba ser muy buena actriz para fingir de aquella manera su

total desconocimiento de aquel asunto. El creerla inocente de las sospechas que sobre ella recaían, le alegró en extremo. Terminaron de comer los emparedados y salieron al exterior. Dave ofreció un cigarrillo a la muchacha, que ella agradeció con una sonrisa.

—Hace una noche espléndida —comentó.

—Desgraciadamente solo es utilizable para dormir, mañana nos queda otra jornada de trabajo como la de hoy y hay que economizar fuerzas.

—No me gusta ser indiscreta, pero hoy me siento muy preguntona.

—Por mí no lo deje. Estoy dispuesto a responder todas sus preguntas.

La muchacha detúvose y clavó sus ojos en los de Dave.

El concepto que de usted tengo formado ha variado notablemente desde el día en que le conocí. Si mal no recuerdo, le taché de estúpido y engreído.

—Aproximadamente fue eso lo que me dijo, en efecto.

—Me complazco en rectificar. En aquella ocasión creí que usted trataba de entablar una forzada amistad conmigo, valiéndose de la convivencia diaria a que nos vemos obligados por el trabajo que realizarnos. Hoy empieza a creer que usted es algo más que un simple ayudante de laboratorio.

Dave prestó súbita atención a las palabras de Brenda. ¿Qué pretendía decir con aquella insinuación? ¿Sería posible que hubiera vuelto a equivocarse en sus juicios?

Unos pasos a su espalda impidieron la pregunta que se escapaba ya de sus labios. La voz algo burlona de la profesora Adams, les saludó:

—Vaya, estoy buscándole por todas partes, Brenda.

—Buenas noches, Evelyn. Estábamos turnando el fresco.

—Ya veo. No debe usted retenerla de esta forma, Mr. Marsh. Recuerde que mañana nos queda mucho trabajo que hacer.

—Tiene usted razón. Discúlpenme.

—Cuando pongamos punto final al montaje de esa dichosa espoleta, tendrán tiempo de sobra para pasear.

Brenda se ruborizó al oír la indirecta de la profesora Adams y despidióse apresuradamente del joven.

Dave, la vio alejarse y decidió llamar al inspector Bruce para

comunicarle las novedades del día y pedirle los refuerzos que precisaba. Se dirigió al despacho del comandante y tras exhibir su pase al guardián, se encerró allí con el fin de que nadie pudiera escuchar la conversación telefónica.

No tuvo que esperar demasiado para obtener la contestación con Washington. El inspector aguardaba en su despacho presintiendo la llamada y convino con Dave en la urgente necesidad de enviar varios muchachos en su ayuda para vigilar estrechamente a cuantos intervinieran en la prueba de la bomba.

—¿Tenía ficha el individuo que mató a Liz? —preguntó.

—No, no hemos podido encontrar en el archivó nada referente a él.

—¿Se lo ha ocurrido buscar las fichas de nuestros distinguidos científicos?

—Pues, francamente, no lo había pensado.

—No creo que digan nada, pero a lo mejor hallamos algún indicio que sirva de punto de partida para encauzar nuestras sospechas.

—Pediré la información, no te preocupes. Si descubriera algo te llamaría enseguida.

—De acuerdo, jefe.

—Referente a Liz, ¿sabes si tenía algún familiar?

—No. En varias ocasiones me habló de sus padres, pero ambos habían muerto hace ya algunos años.

—¿Hermanos o una tía?

—No, nada de eso. Estaba sola en el mundo.

—Lo sospechaba, pero quise asegurarme. Ella habló por teléfono con el individuo que la mató, llamándole hermano y refiriéndose a cierta tía. Pero ya suponía que todo eso no era más que un disfraz para que nadie sospechara, de oírles. Bueno, muchacho, vete a dormir y yo haré lo mismo. Sigue fijándote en todos los detalles y triunfaremos.

Dave colgó el auricular con el pensamiento puesto en Liz. No podía hacerse a la idea de que hubiera muerto y, sin embargo, era mejor así. El mismo lo había reconocido. ¿Cómo hubiera podido conducirla a la silla eléctrica, estando plenamente probada su culpabilidad?

CAPÍTULO VIII

El miércoles transcurrió con la misma excitación nerviosa motivada por la urgencia del trabajo. Se sucedieron a ritmo desesperado las pruebas, los ensayos, las comprobaciones. Dave no perdía de vista a las cuatro personas que componían el núcleo de sospechosos.

Por la noche, al salir del laboratorio, el general le anunció:

—Todo quedará listo a mediodía, tal como supuse. Mañana procederemos al montaje definitivo.

Dave hizo un gesto de cansancio mezclado con desaliento.

—Nada he podido descubrir todavía, probablemente se sabe vigilado y esperará un descuido. Si pudiera saber con exactitud en quien fijarme, paliaríamos por completo su actuación.

—No debe desesperarse, Marsh. Usted está haciendo más de lo que puede.

Dave aguardó hasta que vio llegar al comandante Parker dispuesto a pasarse, como la anterior, en vela aquella noche guardando el secreto de la espoleta.

—Tendrá que abrir más los ojos que anoche —comentó el agente—. Todo está listo para el montaje y podría tratar de apoderarse hoy de ello.

—No se preocupe. Si viene, será bien recibido. Acabo de recibir un comunicado del inspector. Como supuse que le encontraría aquí he preferido traérselo yo mismo.

Entregó un papel, al joven, añadiendo:

—Le anuncia que a primera hora de la mañana llegarán en avión especial sus compañeros.

Dave asintió. Considerándose incapaz de conciliar el sueño, pese al cansancio que sentía, dirigióse a su alojamiento dispuesto a repasar todos los datos que había reunido hasta entonces. En una hoja de papel escribió los nombres de los cuatro científicos y los observó abstraído. Involuntariamente el lápiz tachó el nombre de Brenda Joyce; asombrado, contempló la raya negra que había trazado, al tiempo que se preguntaba por qué se empeñaba en alejar

de sus sospechas a la muchacha. Brenda era inglesa, igual que Finley y Stewart, y era indudable que cualquiera de ellos, de estar interesado en conseguir el secreto de la espoleta, no era para entregarlo a su país, puesto que este debía recibirlo a través del Gobierno norteamericano tal como se había acordado entre ambas naciones al iniciarse las investigaciones. No había duda alguna de que quienquiera que fuese el desconocido espía, pretendía vender el secreto militar a una tercera potencia.

Unos discretos golpes en la puerta de entrada le arrancaron de sus meditaciones. Asombrado por lo intempestivo de la hora, descubrió al abrir que se trataba de la profesora norteamericana.

—Buenas noches, Mrs. Adams —saludó.

—No podía dormir, Mr. Marsh, y al pasar por aquí vi luz y pensé que a usted le ocurría lo mismo.

—Así es. Creo que el exceso de trabajo ha provocado una tensión nerviosa en todos nosotros.

—¿Le importa que pase a charlar un rato con usted?

—Al contrario. Discúlpeme por no habérselo propuesto.

Dave acercó una silla a la profesora, ofreciéndole un cigarrillo.

—No, gracias, no fumo. Quizás me crea usted una vieja loca, pero la verdad es que me mueve a obrar como lo hago la simpatía que la juventud me inspira.

—No la comprendo.

—Está bien claro. ¿Recuerda nuestra conversación de noches atrás, antes de que usted se marchara? Sigo firme en mi idea de que Brenda le mira con especial atención. Según parece, este dichoso trabajo quedará listo esta misma semana. ¿Qué piensa usted hacer entonces?

Dave apagó el cigarrillo que encendiera momentos antes, dejándolo en el cenicero de la mesa. ¿Qué podía responderle a aquella vieja maniática?

—Verá, profesora Adams, yo no estoy aún muy decidido. Brenda y yo nos hemos tratado muy poco y resulta precipitado hablarle de ciertas cosas.

—¿Entonces va a permitir que la muchacha vuelva a Inglaterra sin más explicaciones?

—Probablemente sí. De todas formas, si después de su marcha yo creyera que realmente ella había despertado en mí más que

simple amistad nacida del compañerismo, me apresuraría a coger el primer avión para Londres.

La mujer le miró burlonamente y añadió:

—¿Es que acaso espera que ella viva pendiente por entero de usted y de sus decisiones? Los jóvenes modernos son muy extraños; en mis tiempos no ocurrían estas cosas.

Dave hizo un gesto vago, que nada aclaraba.

—Sí, ya sé lo que piensa —prosiguió la profesora—. Todos los viejos decimos lo mismo, pero créame, Marsh, estaba convencida de que usted estaba hecho de otra pasta. En fin, me hubiera ilusionado asistir a su boda y ya veo que no será posible. Tendré que conformarme con mi participación en el descubrimiento de esa endiablada espoleta... A propósito de ello, supongo que esta vez no fallará, ¿verdad?

—Algo de eso me dijo el general Bradley, según creo, hicieron varias pruebas con anterioridad sin conseguir inexplicablemente los resultados apetecidos.

—Sí. Yo tengo el convencimiento de que alguien está interesado en que las pruebas fracasen.

Dave sonrió para sus adentros al observar la expresión de misterio con que la anciana señora había pronunciado sus últimas palabras.

—¿Usted cree? —preguntó en tono confidencial.

—Puede tenerlo por seguro, joven. Han reforzado la guardia del campamento. Hemos sufrido dos visitas inoportunas de personas a quienes no ha sido posible descubrir, han asesinado a un pobre centinela... ¿Cree usted que no basta todo esto para confirmar mis sospechas?

—¿Y quién cree usted que puede ser el autor de esas anomalías?

La profesora Adams parpadeó asombrada. Irguió el cuerpo con altivez y poniéndose en pie, anunció:

—Buenas noches, Mr. Marsh. Usted ha tomado a broma mis palabras, pero si la bomba vuelve a fallar tendrá que rendirse a la evidencia.

Muy dignamente abandonó la habitación, dando portazo al salir.

El despacho del inspector Bruce estaba ocupado aquella noche por varias personas que atentamente escuchaban lo que aquel iba diciendo. En todos los rostros brillaba la determinación; habían sido impuestos de la misión que debían cumplir, exponiéndoles detalladamente las sospechas que concurrían en los científicos a quienes debían vigilar, sin ocultarles la importancia del asunto.

—Por si fuera poco todo lo que os he dicho —añadió el inspector—, se une a ello la muerte de vuestro compañero Shepperd, caído en la lucha contra ese misterioso saboteador. La verdad es que desde ayer se ha entablado una lucha sin cuartel y he de reconocer que no llevamos nosotros la mejor parte. Nuestro desconocido criminal se sabe vigilado, adivina nuestros pasos, previene, quizás casualmente, nuestros movimientos. Por nuestra parte solo podemos basarnos en conjeturas más o menos acertadas. La lógica nos señala su presencia entre el grupo de científicos, pero no disponemos de una sola prueba que lo confirme. Como veis, es una lucha de inteligencias, hay que aprovechar sus descuidos, y desde ahora os prevengo que no serán muchos. Estamos convencidos de que pretenderá apoderarse de los planos de la espoleta. ¿Cómo y cuándo? Eso es cuestión vuestra, como asimismo el impedir por todos los medios que se salga con sus propósitos.

La entrada de un ordenanza en el despacho interrumpió las explicaciones del inspector. El recién llegado entregó un sobre y salió sin hacer más comentarios.

—Estas son las fichas de los seis sospechosos, facilitadas por el Departamento de Guerra.

Hizo una pausa mientras abría el sobre y prosiguió, con las fichas en la mano:

—No creo que nos aclaren nada nuevo, pero es conveniente conocer todo cuanto nos sea posible sobre ellos. Emile Sandguist —leyó—, catedrático de Física Nuclear en la Universidad de Ohio. Frank Finley, técnico en balística de la Universidad de Oxford; Brenda Joyce— perito en aleaciones: procede de la fábrica de aeronáutica de Havilland. Evelyn Adams, técnico en... Repentinamente enmudeció: sus ojos contemplaron con incredulidad la ficha que sostenía entre las manos, como si no

podiera dar crédito a lo que leía. Dominado por febril ansiedad, accionó el intercomunicador, ordenando:

—¡Llamen a mí casa! Anuncien a mí esposa que estaré fuera unos días.

Luego, volviéndose a los agentes, que le contemplaban con asombro, aclaró:

—Muchachos, haré el viaje con vosotros. Creo que ya tengo la clave del enigma.

* * *

El jueves amaneció algo nublado, el calor sofocante presagiaba una tormenta veraniega y producía una sensación de desánimo general.

Dave lo notó en cuanto abandonó su alojamiento y lo comentó con el comandante Parker, que abandonaba en aquellos instantes su guardia nocturna relevado por el agente.

—No se preocupe, Marsh. Estas tormentas en el desierto suelen ser de gran violencia, pero de corta duración. Mañana tendremos un día espléndido en toda la regla.

El general Bradley, que llegaba en aquel instante al laboratorio, asintió a las palabras de Parker. Luego, frotándose las manos, añadió:

—El momento decisivo se aproxima. Dentro de pocas horas todo quedará terminado y solo tendremos que aguardar el instante del lanzamiento.

No estoy yo tan satisfecho, general. Estos momentos son los de mayor tensión nerviosa.

—¡Bah, me siento optimista!

—Yo me encontraré mejor cuando lleguen mis compañeros. Ya no pueden tardar.

El general sonrió comprensivo y, cambiando la conversación, explicó:

—Hoy solo tendrá que vigilar a Finley y Stewart. Las profesoras Adams y Joyce han terminado ya su trabajo en el laboratorio.

—¿Tienen algo que hacer fuera de aquí?

—Sí, conviene que revisen los instrumentos de control

colocados por los técnicos en las casas que quedarán sometidas a los efectos de la radioactividad. Un simple, aunque necesario, trabajo de comprobación.

—Comprendo. ¿Irán solas?

—Con el teniente James, que conducirá el coche.

Dave estuvo a punto de formular una objeción, pero se contuvo. Nada podía ocurrir en aquella salida y al no poder estar en los dos sitios al mismo tiempo prefirió no perder de vista a los que permanecían junto a la espoleta.

Las primeras horas transcurrieron monótonamente, sin que nada turbara el trabajo de los científicos. A las nueve, Dave pudo oír el motor del coche que se alejaba dando tumbos por las dunas de arena cercanas conduciendo en su interior a las dos mujeres que debían revisar los aparatos medidores de la radioactividad.

Alrededor de las once, el ruido de varios motores de automóviles hizo presentir la llegada de sus compañeros. Efectivamente, minutos después, el comandante Parker penetraba en el laboratorio acompañado por dos personas. Dave comprobó asombrado que uno de ellos era el propio inspector Bruce y un presentimiento le obligó a salir a su encuentro. El agente que le acompañaba, sin pronunciar palabra, ocupó el puesto de Marsh y éste, junto con el comandante y el inspector, salió del edificio.

—¿Qué ocurre, inspector? Su presencia aquí me hace suponer que algo ha averiguado.

—Creo tenerlo todo en mis manos —explicó apresuradamente el inspector—. ¿Recuerdas que te pregunté si Liz tenía algún pariente, hermano o tía?

—Sí, pero ya le dije...

—En su conversación con el hombre a quién llamaba su hermano, mencionó en diversas ocasiones a una tía llamada Evelyn, que a todas luces era el cerebro director.

Dave contempló al inspector sin comprender su excitación.

—Ayer —prosiguió éste—, siguiendo tu indicación, pedí las fichas de los científicos. ¿Sabes cuál es el nombre de pila de la profesora Adams?

Dave pareció comprender al fin. Sin embargo, aventuró:

—¿Pero cree suficiente ese dato?

—No lo sé aún. De todas formas, es en estos instantes mi

sospechosa ideal. ¿Dónde está? Me gustaría conversar un rato con ella.

—Ha salido para comprobar los instrumentos que se han instalado en la zona de la explosión. Pero, jefe, me parece absurdo pensar en ella como en la persona a quién buscamos. Es una señora casi anciana, con chocheques propias de la edad.

—¿Qué quieres decir con eso de las chocheques?

—Se le ha ocurrido la peregrina idea de que yo estoy enamorado de la profesora Joyce y que ella me corresponde. Anoche me estuvo hablando de ello durante largo rato y también de su sospecha de que todos los fallos de la espoleta fueran debidos a sabotaje.

Dave calló unos instantes.

—Si fuera ella —añadió— se buscó una buena coartada, puesto que me convenció de que únicamente era una vieja maniática, aficionada a crear misterios.

—Dave, piensa un poco. —el tono del inspector era exaltado—. No podemos abandonar esa pista. La coincidencia de nombres es harto significativa.

El agente pareció de pronto animado por la misma excitación del inspector.

—De acuerdo, jefe. Iré ahora mismo en su busca y la vigilaré de día y de noche.

—Iremos, Dave, iremos. No he hecho el viaje desde Washington para perderme lo que adivino el final del asunto.

* * *

ANGEL
SANTILLANA



—Está usted muy pálido, Dave.

4 -- SANCOTAJE

El «Ford» que conducía el teniente James se detuvo frente a la entrada del pueblo, así cabía llamarlo, de casas prefabricadas. Al apagarse el ronroneo del motor se sucedió un intenso silencio que produjo un escalofrío a Brenda. Los tres ocupantes del vehículo sabían que nadie iba a recibirles, puesto que los técnicos y obreros se habían marchado la tarde anterior; sin embargo, el silencio espectral que parecía cernerse como algo sólido y tangible sobre las construcciones de piedra, producía una extraña impresión.

La primero en reaccionar fue la profesora Adams. Volviéndose al teniente, preguntó:

—¿Querrá ayudarnos a transportar el material de comprobación?

—Desde luego, señora.

Mientras el teniente, ayudado por Brenda, descargaba los paquetes que transportaba el automóvil, la señora Adams penetró en la primera casa de la improvisada calle. Una habitación que ocupaba toda la planta se abrió ante sus ojos. Allí, colocados en posturas diversas que simulaban las ocupaciones propias de un hogar, estaban los «habitantes» de la casa. Un hombre, una mujer, unos niños; todos vestidos de acuerdo con su edad, pues también interesaba conocer los efectos de la radioactividad sobre las telas usadas comúnmente. La profesora pareció aprobar la escena: los muebles en orden, como si la casa estuviera habitada por personas de carne y hueso y no por simples muñecos de cera. En un rincón de la estancia divisó un gran reloj de péndulo; marcaba las dos y cuarto y funcionaba normalmente, cómo pudo comprobar comparándolo con el suyo. Volvió al exterior y, dirigiéndose a sus compañeros, preguntó:

—¿Se han dado cuenta de la hora qué es? Convendría que comiéramos antes de proceder a la revisión de los aparatos.

—Tenga en cuenta, profesora —indicó el teniente— que nos quedan cinco horas de camino para volver.

—Ya lo sé, pero no debe preocuparse por ello. Nuestro trabajo es cuestión de un par de horas. Alrededor de las cinco podremos marcharnos.

Branda convino con la señora Adams en tomar alguna cosa y poco después los tres, en el interior de una de las casas, consumían los bocadillos y latas de conserva de que les proveyeron en el

campamento.

—¿Sabe, profesora, que me resulta algo molesto comer acompañado de tan silenciosos testigos?

Brenda no pudo evitar la risa al oír al teniente.

—No me diga que un militar como usted se siente intimidado ante unos muñecos de cera.

—No es eso, digo simplemente que me resulta molesto.

Brenda prefirió no insistir sobre el tema al observar que James se había molestado por su insinuación. Ella también notaba algo raro en el ambiente. No podía desprenderse de una extraña sensación que le aconsejaba volver al automóvil y con él al laboratorio. Trate de alejar tan absurdas ideas y consultó el reloj.

—Podríamos empezar el trabajo a las tres, ¿le parece, Evelyn?

—Faltan diez minutos.

—El tiempo justo para fumar un cigarrillo.

El teniente se apresuró a ofrecerle su paquete y ambos fumaron en silencio, absortos en sus propios pensamientos.

A las tres en punto la profesora Adams y Brenda, llevando en bandolera un contador «Geyser» y provistas, además, de un estuche con instrumental adecuado, se dispusieron a iniciar su labor.

—¿Quieren que les acompañe? —preguntó el teniente.

—No es preciso —afirmó la señora Adams—, usted es profano en la materia y, con su mejor voluntad, solo nos serviría de estorbo.

James se encogió de hombros e instalóse en el coche.

—Echaré una siestecita. Si ocurriera algo, avísenme.

* * *

Debía hacer una hora que se había quedado dormido, cuando un repentino sobresalto le despertó. Extrañado, descubrió que todo a su alrededor estaba muy oscuro, como si de pronto se hubiera hecho de noche, pero más oscuro le pareció todavía el cañón del arma que la mano firme de la profesora Adams dirigía hacia él.

—¿Qué significa...?

—Ya lo comprenderá, teniente. Baje del coche y recuerde que le estoy apuntando.

Desconcertado por lo imprevisto de la situación, James obedeció la orden tajante de la mujer. Luego, siguiendo sus indicaciones, avanzó por la calle polvorienta notando el contacto del arma en sus riñones.

—Entre en esa casa de la izquierda.

De nuevo obedeció, aunque su cerebro, totalmente despierto, le inducía a poner fin a aquella estúpida situación.

—Descienda por la escalera del sótano.

Una linterna sostenida por la mano izquierda de la profesora brilló repentinamente indicándole el camino a seguir.

—Vuélvase.

James creyó llegado el momento de actuar, pero el rayo de luz de la lámpara fue dirigido a sus ojos, impidiéndole vislumbrar a la mujer. Entornó los ojos con cuidado para evitar el deslumbramiento y así pudo ver la silueta de la profesora entre las sombras que la rodeaban. Sus músculos obedecieron prestamente la orden del cerebro y en una rápida inflexión se lanzó contra ella.

La profesora parecía esperar el ataque, porque sin inmutarse por el brusco salto de su prisionero, oprimió por dos veces consecutivas el gatillo de su pistola. El haz de luz le permitió ver la expresión sorprendida del hombre que inútilmente trataba de asirse a algún punto, en un supremo afán de detener su caída.

—Estúpido —increpó, al tiempo que le daba una patada, que no obtuvo respuesta alguna.

Dejando el cadáver en el lugar en que cayó, la profesora desanduvo el camino seguido con el infortunado teniente James y pronto se encontró en el exterior de la casa. Permaneció unos momentos escudriñando el cielo, cada vez más oscuro; algunas ráfagas de viento producían remolinos en la arena que cubría las calles. Con gesto nervioso consultó el reloj: las cuatro y cuarto; le quedaba ya poco tiempo de espera. Animada por esta idea, penetró en la casa contigua, descendiendo al correspondiente sótano. La luz de su linterna mostró en un rincón de la oscura estancia el cuerpo de Brenda sólidamente atado con las correas que habían servido para sostener los instrumentos de comprobación.

—¿Ya estás despierta? Procuré no pegarte demasiado fuerte.

Brenda emitió un gemido, demostrando no comprender lo insólito de la situación.

—No quiero matarte; en realidad, te tengo cariño y deseo que olvides el golpe que tuve que darte con la pistola. ¿No podemos seguir siendo buenas amigas?

—¿Qué pretende, Evelyn?

La profesora se dejó caer en el suelo a prudencial distancia de la joven.

—Será mejor que apague la linterna, no tengo pilas de recambio y a oscuras podemos hablar igualmente.

Completó la indicación oprimiendo el botón de la lámpara y la estancia volvió a poblarse de sombras.

—Comprendo que estés sorprendida; yo, en tu lugar, lo estaría también —la voz de Mrs. Adams, surgiendo de las tinieblas, cobraba visos fantasmales—. Mi intención es ofrecerte trabajo a mi lado. Tú y yo nos complementamos; a mí me sobra práctica, a ti juventud; juntas podríamos conseguir lo que quisiéramos.

En el silencio que sucedió a estas palabras pudo oírse el rítmico batir de una puerta mal cerrada, a impulsos del viento que ululaba lúgubrementemente.

—Tienes que decidirte pronto, Brenda. Dentro de pocos minutos estará fuera de aquí, a salvo de los que puedan perseguirme...

—¿Perseguirle? ¿Qué ha hecho usted, Evelyn?

—¿No lo comprendes? —Su tono era irónico—. Yo soy el misterioso ser que provocó los sabotajes, el que pretendía apoderarse de los planos de la espoleta, el que persigue la policía.

—¡No es posible!

—Os he engañado a todos. Es preciso en mi oficio, ¿comprendes? Hay que saber fingir muy bien, pero cuando el asunto termina, los beneficios son tan grandes, que valen la pena todos los riesgos corridos.

—¡Es monstruoso!

—No dirás eso cuando sepas que los planos de la dichosa espoleta los tenía comprados por dos millones de dólares. ¡Una bonita cantidad! Desgraciadamente, en esta ocasión no he tenido suerte; Dave Marsh vigilaba demasiado bien y todas las maniobras que planeé para desembarazarme de él no dieron resultado. Es preferible saber perder a tiempo y desaparecer de un lugar peligroso cuando aún hay tiempo para ello. Claro que no voy a

retirarme ni mucho menos; aceptaré el trabajo que me encargaron en Alemania.

Evelyn hablaba monótonamente, como si dejara curso libre a sus pensamientos, como un desahogo. Brenda la escuchaba con horror, deseando mentalmente que la Providencia velara por ella y alguien viniera en su ayuda.

—Bien, ya sabes por qué lo hice; todo puede resumirse en una palabra; dinero, la más bonita de todos los vocabularios. Ahora debes responderme tú, ¿quieres venir conmigo, colaborar en mi empresa, o...?

—¿Qué ocurriría si me negase?

La profesora lanzó una exclamación de sorpresa. Instantes después encendió la linterna, iluminando con ella el rostro de la muchacha.

—¿Has pensado lo que dices?... Te he contado demasiadas cosas para dejarte vivir; podré apreciarte, pero antes me aprecio a mí misma y no podría respirar a gusto, dondequiera que estuviera, sabiendo que tú conoces mis pasos y que en cualquier momento puedo tener a uno de los agentes federales tras mi pista.

Consultó el reloj de nuevo, aprovechando la claridad que esparcía la lámpara de mano.

—Son las cinco. Antes de quince minutos vendrá a recogerme un helicóptero cumpliendo la orden que anoche transmití, en cuanto supe que tenía que venir hoy a hacer la comprobación de estos aparatos; tienes poco tiempo para decidirte.

Brenda pensó que el hacerla hablar, cosa que parecía halagarla, era una probabilidad de alargar el escaso plazo que le daba, y por ello preguntó:

—¿Cómo pudo transmitir orden alguna?

La profesora sonrió, mientras volvía a apagar la linterna.

—Vine preparada a tal efecto cuando me encerré voluntariamente en el laboratorio. Mi neceser tiene un doble fondo y en él llevo una pequeña emisora de onda corta que transmite en una determinada frecuencia. Todas las noches, a las doce y media, recibía las novedades del grupo exterior que obedecía mis órdenes, y a mí vez transmitía las nuevas consignas. Lo del helicóptero estaba preparado también para cualquier evento. Fue muy fácil camuflar la emisora: con las referencias que constaban en nuestras

fichas y cumpliendo en todo momento con las ordenanzas que prescribía la vida en el laboratorio, nadie podía sospechar de la muy honorable profesora Adams.

—Sin embargo, usted realizó en varias ocasiones un sabotaje en la espoleta...

—Esa era la parte más sencilla de mi plan. Me bastaba rayar la envoltura protectora el día de la última comprobación y cubrir después la señal con un poco de cera fresca, de forma que ocultara a la vista la hendidura; luego la presión del aire al lanzar la bomba, hacía el resto. El general debió sospechar algo por el estilo, porque ayer me di cuenta de que Marsh no quitaba ojo de la envoltura; no quise arriesgarme a ser descubierta y preferí abandonar el negocio.

Brenda observó que el nerviosismo de la profesora aumentaba a medida que transcurrían los minutos; varias veces consultó el reloj durante la última parte de sus explicaciones, denotando en su semblante la preocupación que el retraso del helicóptero, que debía sacarla de aquel lugar, le producía.

—Te voy a dejar unos momentos sola. Mis hombres deben estar a punto de llegar y empiezo a estar harta de esta ciudad habitada por figuras de cera.

Tras comprobar que las correas que sujetaban a la muchacha no se habían aflojado, volvió a salir al exterior de la casa. El viento tenía ya características de huracán y la lluvia no iba a tardar en caer. ¡Las cinco y cuarto! El helicóptero probablemente no podía aventurarse en tales condiciones atmosféricas. Iba a volver al interior de la casa, cuando le pareció percibir un frenazo a la entrada del pueblo prefabricado. Aguzó el oído tratando de distinguir algún sonido entre el gemir del viento. Unos segundos angustiosos de espera; luego una voz que gritaba algo que no pudo oír con claridad. ¿Quiénes eran? ¿Sus hombres? ¿La policía?

Amparándose en la oscuridad, mucho mayor bajo los aleros de los tejados que emergían unos centímetros sobre la calle, se aventuró hasta el principio de ésta. Allí descubrió, junto al automóvil que les había conducido a aquel lugar, otro parado, y algo más allá tres hombres que hablaban entre sí. Borrosamente le pareció distinguir a Dave Marsh y... ¡no había duda, era el comandante Parker! Presurosa, regresó al lugar donde tenía encerrada a Brenda. No podía perder más tiempo; con seguridad

registrarían las casas una por una y si permanecía allí la descubrirían tarde o temprano. Su mente le dio pronto la solución que buscaba:

—¿Te decidiste ya, Brenda? Voy a marcharme ahora mismo.

La muchacha movió negativamente la cabeza.

—No puedo aceptar su proposición porque me repugna. Haga lo que quiera, aunque le advierto que le será imposible escapar a la justicia.

Evelyn se encogió de hombros. No podía matarla porque el disparo atraería a los que la buscaban. Tenía que correr el riesgo de dejarla con vida y esperar a que la explosión que debía producirse al día siguiente terminara con ella.

—Te vas a quedar aquí, Brenda. Ya te dije que no quería matarte porque a pesar de tu negativa te aprecio. Serás la primera persona que compruebe personalmente la aptitud de un sótano para evitar las radiaciones atómicas. Si la teoría no falla, es posible que escapes con vida; en caso contrario, recuerda que te ofrecí un medio para seguir viviendo.

Con un pedazo de tela, que desgarró de la ropa interior de la propia Brenda, confeccionó una mordaza; luego, con una fuerza increíble a sus años, arrastró el cuerpo de la muchacha hasta el rincón más sombrío del sótano, cubriendo su cuerpo con algunos de los objetos amontonados allí. Satisfecha de su obra, segura de que no iban a poder encontrarla, ascendió la escalera y minutos después se hallaba en el porche de la casa. Un vívido relámpago cruzó el cielo iluminando las edificaciones. Evelyn buscó la sombra protectora del vestíbulo, acogiendo la lluvia que caía a torrentes con una sonrisa de satisfacción. Por una vez el tiempo se había convertido en aliado suyo; los perseguidores tendrían que refugiarse en espera de que calmara la tormenta y ella podría huir aprovechando la oscuridad en el coche que hasta allí les llevó.

* * *

Dave consultaba ansiosamente su reloj. Llevaban ya casi cinco horas de marcha y no aparecía aún el poblado. El comandante Parker, que conducía el automóvil, anunció:

—No debemos estar ya muy lejos.

Date prisa, comandante.

La voz del inspector Bruce era asombrosamente serena.

—¡Condenado tiempo! —murmuro Dave —. Parece que la tormenta está a punto de estallar...

—En efecto. No creo que tarde más de una hora. Lo que más molesta es la oscuridad que precede al temporal; me es imposible ver los baches en la arena y me duelen horriblemente los brazos de sujetar el volante.

De nuevo el silencio, interrumpido tan solo por el crujir de las ballestas y de la carrocería del coche, sé cernió sobre los ocupantes del vehículo. Pasaron así diez minutos más, que parecieron diez siglos al cada vez más nervioso Dave. Por fin Parker anunció:

—Ahí está el poblado.

Dave asomó la cabeza por la ventanilla, desafiando la arena que el viento arrastraba intermitentemente y gritó:

—Aún están aquí. Miren el coche aparcado a la entrada del pueblo.

El inspector observó unos instantes y añadió:

—Efectivamente, el coche está, pero ¿dónde se hallan sus ocupantes?

El comandante detuvo el vehículo a poca distancia del otro automóvil y los tres hombres descendieron apresuradamente.

—¡¡Brenda!! ¡¡Profesora Adams!!

El grito de Dave no obtuvo más respuesta que la producida por el ulular del viento al filtrarse entre las casas.

—Quizás estén dentro de alguna de las construcciones y no puedan oírnos —aventuró el inspector.

—Es lo más probable —aseguró el comandante, tras revisar el automóvil abandonado—. Faltan los equipos de comprobación y no creo que lleven más de un par de horas aquí.

—Registraremos las casas una por una.

Inmediatamente pudieron en práctica la orden del inspector. Empezaron por la hilera de casas más cercana. Dave, al entrar creyó percibir en la semioscuridad reinante la figura de la muchacha, y con una alegría interna que no esperaba sentir corrió hacia ella tropezando con los muebles. Pero al llegar junto a la figura comprobó que no era más que un muñeco de cera. Maldijo en voz baja su equivocación y la ocurrencia de utilizar aquellos monigotes

tan parecido a personas reales.

Después de efectuar un minucioso registro se reunió con sus compañeros en el exterior.

—¿Nada? —preguntó innecesariamente.

Arabos negaron moviendo la cabeza.

—No hay que desesperar, muchacho —animó el inspector—: tienen que estar en alguna de estas casas.

—Si por lo menos no estuvieran los muñecos, resultaría más sencillo.

El comandante sonrió al oír la objeción.

—¿También usted se confundió? No hay más remedio que comprobar uno por uno si son figuras de cera o seres vivos.

La búsqueda prosiguió activamente. En diversas ocasiones se sucedieron las confusiones. Por fin, a las cinco y media se reunieron en el punto de partida tras haber revisado las dos hileras de casas que abrían su puerta a aquella calle.

Gotas de agua del tamaño de avellanas se desprendían de la cortina de nubes que ennegrecía el cielo. El comandante contempló el horizonte con expresión preocupada.

—Me parece que la tormenta va a ser de mayores proporciones de lo que anunció el servicio meteorológico.

—Hay que seguir buscando hasta hallarles —dijo Dave, poseído de una intensa excitación.

—Con esta oscuridad es muy difícil. Por otra parte, nadie podrá salir de aquí mientras dure la tormenta.

—Pero, entretanto, ¿qué puede ocurrir si Brenda o el teniente descubren las intenciones de esa mujer?

Los tres se miraron consternados. A todos se les había ocurrido la misma idea, aunque ninguno osara expresarla con anterioridad.

Como movidos por un resorte, se encaminaron a la calle más próxima y prosiguieron la búsqueda. La lluvia empezó a caer a torrentes, anegando las arenas, y a los pocos minutos las calles se llenaron de charcos, incapaces de absorber todo el agua que sobre ellas caía. Al mismo tiempo la oscuridad se hizo mucho más densa, hasta el punto de que difícilmente podían reconocerse unos a otros.

—Es mejor aguardar —gritó el comandante, tratando de sobreponer su voz al ruido de la lluvia—; sin luz no podemos seguir

buscando.

El inspector convenció a Dave de que en aquellas circunstancias era éste el mejor consejo y los tres se reunieron en el interior de la última casa registrada. A través de las ventanas divisaron el fulgor del primer relámpago al que siguió el sordo retumbar del trueno.

—Tormenta completa —musitó el inspector.

—Pero, ¿dónde pueden estar metidos?

—No vas a lograr nada desesperándote así. Es mejor aguardar pacientemente a que todo este barullo pase, y entonces con calma proseguir la búsqueda —le dio unas palmadas afectuosas en el hombro y prosiguió: —Anda, fúmate un cigarrillo y calmarás algo los nervios.

Los relámpagos eran casi continuos y gracias a su resplandor podían verse de vez en cuando. Llevarían unos quince minutos en el refugio cuando el comandante, que estaba apoyado en una de las ventanas de la casa, gritó:

—Me ha parecido ver una sombra que cruzaba frente a nosotros.

El inspector y Dave corrieron a la ventana, aguardando un nuevo relámpago. Éste no se hizo esperar, pero, pese a sus esfuerzos, nada pudieron descubrir que tuviera apariencia de sombra movediza.

—Quizás me haya engañado —aclaró—, pero hubiera jurado que era una mujer.

Dave se estremeció al oír estas palabras. Luego, aplastando el cigarrillo con el pie, anunció:

—Voy a echar un vistazo a los coches.

Bruce pareció comprender sus pensamientos, porque añadió:

—Será conveniente que vayamos los tres, por si tropezamos con alguna sorpresa.

Desafiando la lluvia, que en pocos segundos les calo hasta los huesos, marcharon hacia el lugar donde habían dejado aparcados los automóviles. Cual aparición fantasmagórica, los divisaron al resplandor de un nuevo relámpago, y un grito simultáneo partió de los labios de Dave y del comandante:

—Alguien está ante el volante de uno de ellos.

Resbalando en los charcos, echaron a correr, en el preciso

instante en que oían como tras unos resoplidos, se ponía en marcha el motor.

—¡Alto! ¡Deténgase en nombre de la Ley!

Fue Dave quien gritó estas palabras, pero aunque la distancia era pequeña, el ocupante del vehículo pareció no oírlas. Con un brusco viraje, sacó el automóvil de la zona en la cual habían quedado ligeramente hundidas las ruedas y los tres vieron cómo aceleraba gradualmente el motor.

Sin aliento apenas, llegaron junto a su roche cuando el primero se hallaba a unos veinte metros de distancia, tratando de zafarse de la persecución que iba a iniciarse. Parker oprimió febrilmente el botón de puesta en marcha, mientras sus compañeros se acomodaban en el interior, y el motor respondió con presteza. Dando un rugido, impulsó al automóvil hacia adelante y rápidamente aumento de velocidad bajo la experta mano del comandante.

El coche avanzó dando tumbos y amenazando con volcar, pero ninguno de sus ocupantes pareció prestar atención al posible hecho. Dave, con la cabeza fuera de la ventanilla, apartándose del rostro el pelo y las gotas de lluvia que por el resbalaban, anunciaba:

—Le cogemos. No tiene escapatoria. Acelere más, Parker.

Realmente la distancia entre los dos vehículos iba acortándose notablemente. El perseguido debió darse cuenta, porque de pronto hizo una rápida maniobra, dejando el coche que conducía atravesado en el camino que seguía. Parker no aminoró la velocidad y esto estuvo a punto de costarle muy caro. Un orificio se abrió en el parabrisas, algo más arriba de donde llegaba su cabeza, al tiempo que la detonación se perdía entre el fragor de un trueno.

—Deténgase, Parker —gritó el inspector.

El comandante obedeció casi en el acto, aunque no con la rapidez sufriente para que un nuevo proyectil abriese otro orificio en el parabrisas, esta vez entre los dos ocupantes del asiento delantero.

Dave abrió la portezuela de su lado y lanzóse de costado al suelo, siendo amortiguada su caída por la arena. El inspector y Parker, adivinando el proyecto del agente, abrieron fuego contra el ocupante del otro vehículo para proteger la rápida carrera de Marsh.

El agente avanzó zigzagueando, procurando no resbalar en el encharcado terreno, y pronto se halló protegido por una pequeña duna a pocos metros del vehículo.

¡Ríndase, profesora Adams! ¡No tiene escapatoria!

Adivinó que el inspector pretendía ganar tiempo y distraer la atención de aquella mujer dándole ocasión de llegar hasta el coche y capturarla viva. Sólo ella sabía dónde estaban Brenda y el teniente y aquella era la única oportunidad. Limpiándose las gotas de lluvia que le cegaban casi por completo, se decidió a llevar a cabo el salto final. Inspiró hondo y poniéndose súbitamente en pie emprendió veloz carrera. Nunca supo cuántos segundos había tardado en recorrer aquellos pocos metros; sólo recordaba como fugaz visión su salto en «plongeon» a través de la abierta ventanilla y el grito de terror de la profesora al notar el peso de su cuerpo. El choque contra el volante le hizo casi perder el sentido, pero de su mente no podía apartar la idea de la pistola que la mujer poseía y, venciendo las náuseas que le invadieron, hizo una brusca contracción que le permitió introducir del todo las piernas que le habían quedado en el exterior, al tiempo que oprimía aún más con su cuerpo a la mujer, que inútilmente, trataba de zafarse de la presión.

Sin poderse mover en el estrecho espacio del asiento delantero y centrando toda su atención en el cuerpo que se debatía en un último afán de libertad, aguardó la llegada de sus dos compañeros. Éstos no tardaron en aparecer. Encendiendo la luz interior del automóvil, sujetaron sin dificultad a la profesora, mientras Dave se incorporaba con un suspiro de alivio.

—Bien, profesora Adams —la voz del inspector era fría como el hielo—; ya supone lo que le aguarda.

—¿Dónde dejó a Brenda y al teniente?

Evelyn sonrió al escuchar la angustia que revelaba la voz del agente.

—Parece que era cierto lo que le vaticiné en el laboratorio, Mr. Marsh. ¿Está muy enamorado de Brenda?

—No es proceso que malgaste ironías —rebatió el inspector secamente—. Díganos dónde están.

—Al teniente tuve que matarle; quiso ser demasiado valiente.

El comandante masculló una maldición al observar la tranquilidad con que declaraba el asesinato de su subordinado.

—¿Y Brenda? ¡Conteste pronto o la haré hablar de cualquier modo!

—Realmente mi situación es desesperada y la muchacha es el único triunfo que me resta. Está viva, pero no creo que la encuentren aunque se pasen un año buscando entre esas casas. Yo ya he mostrado mi triunfo. ¿Qué me ofrecen a cambio de él?

—¡Está usted loca! ¿Cómo va a creer en una posible promesa después de lo que ha hecho?

La profesora sonrió dulcemente antes de responder a las palabras del inspector.

—¡Quién sabe de lo que es capaz un hombre enamorado!...

Marsh sacudió a la mujer por los hombros en un acceso de cólera.

—De nada le va a valer lo que pretende insinuar. Por última vez, ¿dónde escondió a Brenda?

—Déjala, Dave. Empiezo a sospechar lo que pretende.

Mrs. Adams no pensaba utilizar el coche para escapar, porque se sabía vigilada y hubiera tenido tiempo sobrado para emplear ese medio. ¿De dónde debía llegar el socorro?

La profesora acusó la pregunta del inspector palideciendo.

—¿Esperaba a alguien, verdad? —Dave parecía haberse calmado de pronto—. Le esperaremos todos juntos; será mayor la sorpresa que se lleve.

Entre Dave y el comandante trasladaron a la mujer al otro coche y momentos después la entraban en uno de los edificios prefabricados.

—Todo se reduce a esperar un poco —comentó Dave dejándose caer en un sillón, que gimió al recibir el peso de su cuerpo.

El comandante Parker se acercó al inspector, que contemplaba desde una ventana cómo caía la lluvia, y en voz baja, para no ser oído por la prisionera, comentó:

—Pero esa muchacha estará muerta de miedo. Quizás este herida y necesite cuidados.

—Nada podemos hacer. Mrs. Adams se ha encerrado en su mutismo como única arma de defensa y no disponemos aquí de medios suficientes para hacerla hablar. A menos que prescinda usted de su condición de mujer y sea capaz de aplicarle el tercer grado.

—No, claro que no.

El tiempo transcurría lentamente; ninguno se sentía con ánimos para hablar y cualquier pregunta espontánea era contestada con un simple monosílabo. Alrededor de las ocho, el inspector, que no había abandonado su puesto junto a la ventana, anunció:

—Vayan preparándose para cualquier eventualidad. Ha amainado la lluvia.

Efectivamente, la gruesa cortina de agua que hasta entonces caía sin cesar amenazando con inundar el mismo desierto, había sido reemplazada por una lluvia fina, casi impalpable. El viento había cesado casi por completo y solo de vez en cuando una racha de aire recordaba la antigua tormenta.

En el rincón donde había sido colocada, la profesora se removió débilmente.

—¿Pueden decirme qué hora es? —preguntó.

Nadie le respondió.

—Será mejor que salgamos fuera —indicó el inspector.

De común acuerdo, los tres hombres abandonaron el edificio, tras asegurar las cuerdas que sujetaban a la mujer.

—En este lugar el socorro que Mrs. Adams aguardaba solo puede venir de la tierra o del cielo.

—Me inclino por el aire —afirmó el comandante—. Tal como estará el desierto después de la lluvia, no hay conductor que se atreva a salir con un coche para hacer un viaje de cinco o seis horas.

—Opino lo mismo. De todas formas será conveniente no descuidar la vigilancia.

Dos horas más transcurrieron en completa inquietud. Los tres hombres, distribuidos en otras tantas calles del silencioso pueblo, paseaban nerviosamente en espera de aquel «algo» que todos adivinaban próximo.

Fue primero un ligero zumbido, después un ronroneo, y por fin distinguieron claramente el motor del helicóptero y casi simultáneamente su fusiforme aspecto recortado en el cielo débilmente iluminado por una luna pálida y triste, desaparecido ya todo vestigio de tormenta.

—Ahí lo tenemos —avisó Dave, reuniéndose con sus compañeros.

—Esperaremos a que tome tierra, ignoramos cuánta gente lleva, aunque por su tamaño no creo que vayan en él más de dos o tres personas incluido el piloto. Hemos de procurar cogerlos a todos.

Adivinando el lugar donde iba a tomar tierra el aparato, tomaron posiciones y aguardaron con los nervios en tensión.

Tras permanecer unos instantes suspendido en el aire, a pocos metros del suelo, el helicóptero posó sus ruedas en la aún mojada arena. La puertecilla de la derecha abrióse para dejar paso a dos hombres, qué contemplaron con extrañeza la soledad del lugar.

—Dijo que estaría aquí —se oyó decir a uno de los pasajeros.

—Ten en cuenta que nos esperaba a las cinco. A lo mejor ha aprovechado otro medio y se ha marchado ya.

El piloto asomó la cabeza por la abierta portezuela para advertir:

—No perdáis tiempo. El coche que debió traerla estaba aparcado en las afueras del pueblo, lo he visto al buscar sitio para aterrizar. Buscadla y vámonos de una vez. No me gustaría quedarme aquí por falta de combustible.

Los tres hombres, agazapados en la obscuridad, pudieron observar que las aspas del aparato giraban lentamente, dispuesto todo para partir en cuanto hallaran a su jefe.

Los dos desconocidos parecieron decidirse al escuchar las palabras de su compañero, porque inmediatamente se encaminaron hacia la calle que se abría a pocos pasos.

—Este es el momento —susurró el inspector, viéndoles acercarse—. Cuando rebasen nuestra altura, caemos sobre ellos.

—Yo me encargo del helicóptero y de su piloto —aclaró Dave.

Con los músculos prestos a entrar en acción, observaron los movimientos de los dos hombres. Inconscientes de la proximidad de los policías, pasaron casi rozándoles mirando el primer edificio de la calle.

—Como no aparezca pronto tía Evelyn —murmuraba uno de ellos—, nos vamos a lucir.

El otro no pudo decir lo que pensaba; dos sombras cayeron sobre ellos por sorpresa, mientras Dave corría como un gamo hacia el helicóptero, sin preocuparse de disimular su presencia.

—¡Elévalo, Bud ¡Es una trampa!

El piloto reaccionó inmediatamente y el aparato cabeceó al aumentar las revoluciones de sus aspas. Dave pidió un último esfuerzo a sus piernas, solo le faltaban cinco o seis metros para llegar hasta allí. El helicóptero ascendía lentamente, sus ruedas no tocaban ya la arena. El agente lanzó de un salto desesperado, sin tiempo para medir el peligro. Sus dedos asieron la abertura de la portezuela por su parte inferior, y notando que los brazos se le atirantaban, trató de agarrarse mejor al extraño asidero para intentar izarse a pulso. Se balanceaba en el aire, no sabía si solo estaba a un metro del suelo o a cincuenta. El sudor brotaba copiosamente de su frente, resbalando por la comisura de sus labios, cuando con un esfuerzo enorme consiguió colocar los codos en el abierto marco de la portezuela.

Borrosamente distinguió al piloto inclinado sobre los mandos del aparato, difusamente iluminado su rostro por el resplandor que brotaba de los instrumentos de navegación. Parecía abstraído en dirigir el helicóptero, sin notar la presencia del agente. Pidiendo un nuevo esfuerzo a sus doloridos músculos y aguantando el peso del cuerpo sobre los codos, se balanceó de izquierda a derecha tratando de cobrar el impulso preciso para penetrar en el interior de la carlinga, olvidando que el movimiento brusco repercutiría en la estabilidad del frágil aparato. El piloto alzó el rostro extrañado por la oscilación de las agujas de su cuadro de instrumentos, sin poder explicarse el súbito temblor que sacudía el helicóptero. Dave, en aquel instante había podido alcanzar una barra que servía de asidero a los ocupantes del aparato cuando éstos trataban de penetrar en él y empezaba a considerar ventajosamente su posición; concentrando toda su fuerza en el brazo que le sostenía al firme asidero, empezó a izarse, introduciendo el torso en la carlinga y así, con medio cuerpo suspendido en el aire, fue descubierto por el piloto enemigo. Éste conectó los mandos automáticos y se lanzó contra el agente, tratando de arrojarle al vacío, seguro de su superioridad, pero no tuvo en cuenta la agilidad de su contrincante y el intenso entrenamiento a que eran sometidos los hombres del F.B.I., especialistas en situaciones apuradas. Notando que su vida dependía de mantenerse firme en el providencial asidero, Dave osciló sobre la otra mano que aún mantenía apoyada en el marco de la portezuela, consiguiendo colocar una rodilla en el interior de la

carlinga; luego libró la mano del ya inútil apoyo y dirigió el puño cerrado hacia el bajo vientre de su enemigo, que trataba de hacerle soltar la mano que se cerraba sobre la barra; el golpe no fue demasiado fuerte por lo forzado de su postura, pero sí lo suficientemente contundente para hacer retroceder unos pasos al hombre y permitir unos segundos de respiro al agente, instantes que aprovechó para penetrar por completo en la carlinga. De rodillas, sin tiempo para alzarse por completo, aguantó la embestida del piloto; sus manos se cerraron en dogal sobre el cuello del agente, apretando sin compasión. Dave notó que la sangre le golpeaba rítmicamente en sus sienes, al tiempo que un velo rojizo cubría su visión; mecánicamente extendió los brazos buscando los codos de su enemigo, para apretar ligeramente y hacia arriba en presa de judo. El efecto fue instantáneo; con un alarido de dolor, el piloto soltó su presa, saltando hacia atrás y cayendo entre los instrumentos de navegación y control del helicóptero. Dave se puso en pie resoplando y asió a su contrincante por la pechera del mono de vuelo, incorporándolo; el cuerpo del piloto al caer debió desconectar el control automático, porque el helicóptero se inclinó peligrosamente hacia tierra, perdida la estabilidad. El agente comprendió en un instante el peligro que les acechaba y apartó a un lado al aún no repuesto piloto, haciéndose cargo de los mandos. Con alivio comprobó que aún disponía de treinta metros para rectificar el rumbo del aparato e inmediatamente manipuló en los instrumentos, compensando la pérdida de altura y elevándose hasta cien metros; de nuevo conectó el piloto automático. Iba a abandonar el asiento para dedicar la atención a su enemigo, cuando noto la presión en su espalda de un objeto duro, al tiempo que una voz murmuraba:

—Lo ha hecho usted muy bien. Ahora póngase de pie lentamente y vuélvase.

Encogiéndose de hombros ante lo inevitable, obedeció la indicación del piloto.

—¿Qué pretende ahora? —preguntó.

—Simplemente hacerle salir por dónde entró. Usted subió al helicóptero cuando ya estaba en marcha. Apéese en marcha también.

Dave se envaró al escuchar la respuesta. La pistola le oprimió

los riñones, obligándole a avanzar hacia la abierta portezuela. Adelantó el pie derecho hasta apoyarlo en el marco e hincando la puntera del zapato en el borde, giró vertiginosamente, moviendo los trazos como aspas a media altura, tratando de apartar la pistola. El piloto se echó hacia atrás en un acto reflejo, intentando esquivar la acometida, al tiempo que brotaba un fogonazo del arma que empuñaba. El agente recibió el impacto en la cadera izquierda de refilón, pero nada parecía ser capaz de detener la furia que le dominaba. La mano izquierda asió la muñeca armada desviándola hacia fuera, al tiempo que la derecha trababa contacto duramente con la mandíbula del piloto. Concentrando su fuerza en el brazo izquierdo, torció bruscamente la mano que aún conservaba la pistola, obligándole a soltarla. La atención del hombre estaba puesta en la presión que amenazaba romperle el brazo y con la mano libre trató de desasirse de la presa; por ello no pudo ver cómo se alzaba velozmente el brazo derecho del agente, que descargó un fuerte golpe en el cuello del bandido con el canto de la mano. Algunas vértebras crujieron y el hombre se desplomó como un saco.

Dave, con los ojos inyectados en sangre, estuvo unos segundos resoplando por el esfuerzo realizado; luego trató de atar al desvanecido con el cinturón del mono.

Al agacharse notó una dolorosa punzada en el costado izquierdo que le hizo recordar el disparo; venciendo las náuseas que le acometían, maniató al piloto fuertemente y con paso tambaleante se dirigió al asiento delantero del helicóptero. Una vez allí se apartó la chaqueta y a la débil luz de los instrumentos pudo ver la mancha de sangre fresca que poco a poco se extendía por la camisa. Con el pañuelo plegado en varias dobleces improvisó una compresa, colocándola sobre la herida para impedir que siguiera manando sangre; venciendo la debilidad que le acometía, desconectó el piloto automático y guiándose por las indicaciones de la brújula, hizo girar la proa del aparato en dirección al cercano pueblecito donde habían quedado sus compañeros.

Diez minutos después posaba el helicóptero blandamente sobre la arena, a pocos pasos del lugar donde permaneciera en su anterior descenso. Antes de parar por completo el motor, pudo oír la voz del inspector que alegremente le decía:

—Buen aterrizaje, Dave. ¿Le cogiste o le abandonaste en alguna

estrella?

Dave sonrió débilmente antes de contestar:

—Está ahí detrás. ¿Encontraron a Breda?

—La profesora, viéndose perdida, confesó de plano. La muchacha está perfectamente, no debes preocuparte.

—¡Dave!

El agente alzó la cabeza, sorprendido por la voz femenina.

—Ya está aquí, ¿no te decía yo?

Dave se puso en pie con dificultad y ayudado por el inspector Bruce, descendió del helicóptero sin poder reprimir un gemido.

—¿Estás herido, muchacho?

—No es nada, un arañazo, pero duele un poco.

Brenda llegaba en aquel momento corriendo y, sin importarle la presencia del inspector, abrazó al agente fuertemente.

—¡Oh, Dave! ¡Qué contenta estoy de que no te haya ocurrido nada.

—Y yo de verte libre y sin un rasguño.

El inspector se encogió de hombros y penetró en el helicóptero en busca del prisionero, murmurando:

—Me parece que olvidará pronto a Liz y me alegre.

EPÍLOGO

Los observadores contemplaron tras sus gafas verdes a través de los prismáticos el descenso de la bomba que se balanceaba suavemente colgada de la seta blanca del paracaídas.

El único rumor que podía escucharse era el constante pitido del radar, que mostraba su antena giratoria sobre un camión del ejército de transmisiones.

Repentinamente todos fueron testigos del resplandor cegador que señalaba el estallido del artefacto, seguido del estruendo de la explosión.

Pasados los primeros instantes de confusión, el general Bradley leyó en voz alta el parte que le entregaba un soldado de enlace que había salido del camión de transmisiones.

—La explosión ha tenido lugar a la altura prevista. Objetivo cumplido.

El inspector Bruce, que también asistía a la prueba, estrechó la mano del general, al tiempo que decía:

—Me alegro de que todo haya ido bien esta vez.

—Gracias a ustedes.

—Solamente a la suerte. Créame si le digo que en todo momento me he dejado guiar por las corazonadas.

Algo alejados del grupo principal que comentaba el éxito de la experiencia, Brenda y Dave, este último con el brazo izquierdo en cabestrillo, sonreían, ajenos al contento general. De pronto el agente dijo con sobresalto:

—Supongo que no pensarás regresar a Inglaterra...

—En realidad, mi misión ha terminado por completo. Nada me retiene aquí.

—¿Nada?

—¿Tú que crees?

Dave miró de soslayo al grupo de científicos y observadores y comprendiendo que estaban muy atareados en sus comentarios para fijarse en ellos, pasó el brazo derecho por los hombros de la muchacha atrayéndola hacia él. Muy bajito, musitó en su oído:

—Ya tienes misión y muy importante, que te retendrá toda la vida a mí lado. ¿Quieres ser la esposa del agente Marsh?

FIN



¿Quién mató al dueño del bar Meyer? ¿Quién mató a la mujer desconocida? ¿Quién mató a Maureen?

Estas son algunas de las preguntas que mantendrán vivo su interés a través de las páginas de

Los detectives mueren jóvenes

Un nuevo y apasionante relato del famoso autor

PETER DEBRY

¡Varios asesinatos y un chantajista oculto en la sombra, estuvieron a punto de acabar con la energía de un infatigable investigador privado!

LOS DETECTIVES MUEREN JOVENES

Una novela de la serie

COLECCION SERVICIO SECRETO

¡Adquirla la próxima semana!

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 6 PTAS.

COLECCION "BISONTE"

477. — Silver Kane
CANCION SALVAJE

COL. "SERVICIO SECRETO"

341. — Roberts Allyson
SABOTAJE EN LAS VEGAS

COLECCION "BUFALO"

174. — Mikky Roberts
TAL PARA CUAL

COLEC. "Salvaje TEXAS"

42. — A. Rolcest
LA MUERTE AL PASO

COLECCION "CALIFORNIA"

21. — Peter Debry
AL EXTREMO DE LA SOGA

COLECCION "PIMPINELA"

536. — María Adela Durango
UNA LLAMADA TELEFONICA

COLEC. "MADREPERLA"

432. — Carlos de Santander
ANSIAS DE VIDA

COLECCION "ROSAURA"

276. — Carmenchu G. González
UN HOMBRE CRUEL

COLECCION "AMAPOLA"

283. — Clotilde Méndez
LA NUEVA SEÑORITA DE
FRANCES

COLECCION "ALONDRA"

215. — Isabel Salueña
CON LA AYUDA DE DIOS

COLECCION "CAMELIA"

157. — María José Soto
RENACE EL AMOR

COLECCION "ORQUIDEA"

126. — Luis Masota
AMOR Y LEALTAD

COLECCION "CORAL"

5. — Corín Tellado
DOLLY

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2 - Barcelona - Hipólito Irigoyen, 645 - Buenos Aires

Considerada como una de las diez
obras maestras de la Literatura
Universal

LA GUERRA Y LA PAZ

que surgió en el siglo pasado de
la pluma inmortal de

LEON TOLSTOI

ha dado lugar a la película más
ambiciosa del siglo presente, con
un reparto impresionante

LA GUERRA Y LA PAZ

¡Un prodigioso retrato de la so-
ciedad rusa de los tiempos zaristas!
¡El más dramático episodio de la
epopeya napoleónica!

Aparecerá próximamente en la
Colección

JOYAS LITERARIAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

¡VIVA USTED SU VIDA, PERO VIVALA BIEN!

Es éste un consejo que en múltiples ocasiones le habrán dado y que seguramente habrá intentado seguir, tropezando con múltiples dificultades

Nosotros le brindamos la ocasión de ponerlo en práctica, ofreciéndole un volumen de inapreciable valor:

COMO VIVIR 365 DIAS AL AÑO

¡Alegria, felicidad y optimismo serán sus constantes compañeros durante el resto de su vida!

COMO VIVIR 365 DIAS AL AÑO

El libro de mayor venta en Estados Unidos durante 89 semanas consecutivas!

Precio 55 ptas.

Una exclusiva para España e Hispano América de:

EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

Aún no han terminado
los peligros que ace-
chan al **CAPITAN**
TRUENO y a sus
amigos

Adquiera esta misma
semana



¡LOS HORRORES DEL BOSQUE!

¡Un episodio apasionante para pequeños y mayores!

¡LOS HORRORES DEL BOSQUE!

es el cuaderno número 21 de la famosa serie

EL CAPITAN TRUENO

Precio del ejemplar 1.25 ptas.

DE VENTA EN QUIOSCOS Y PUESTOS DE
PERIODICOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

¡EL BEST-SELLER DEL AÑO!

EL HOMBRE DEL TRAJE GRIS

que durante 48 semanas ha figurado entre las novelas de más venta en los Estados Unidos

Ha sido llevado a la pantalla con un reparto de excepción, entre el que figuran: Jennifer Jones, Marisa Pavan, Gregory Peck y Frederick March

EL HOMBRE DEL TRAJE GRIS

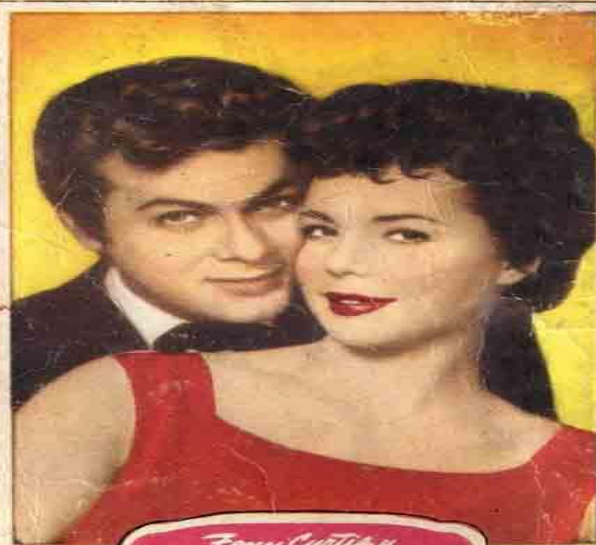
la famosísima obra de

SLOAN WILSON

será publicada próximamente en exclusiva para España e Hispanoamérica, por

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

* LLUVIA DE ESTRELLAS *



*Tony Curtis y
Colleen Miller*

N.º 419 Coleen nació en 1932 y desciende de familia irlandesa; Tony en 1925 y desciende de húngaros. Juntos han protagonizado la película "Amor justiciero".
Foto UNIVERSAL-INTERNATIONAL



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 6 ptas. — Printed in Spain — Precio en la Rep. Argentina: \$ 4